EL VERDADERO ROSTRO DE NUESTRA SEÑORA

M. M. PHILIPON, O. P.
MAESTRO EN TEOLOGÍA.

EL VERDADERO ROSTRO DE NUESTRA SEÑORA

EDICIONES RIO RECONQUISTA
www.traditio-op.org

M.-M. Philipon O.P.

El verdadero rostro de Nuestra Señora

"Le vrai visage de Notre-Dame"

Traducción: Pelayo Bunge
Edición: Luis Nuñez

www.traditio-op.org

NIHIL OBSTAT San Maximino,
9 de julio de 1949.
Fr. Pierre HERMAND, O.P.;
Fr. J.-H. NICOLAS, O.P.

IMPRIMI POTEST Tolosa,
10 de julio de 1949.
Fr. M-J NICOLAS, Provincial.

IMPRIMATUR Die 22 julii 1949.
+AUGUSTUS, Episcopus Forojulensis ac
Tolonensis.

A LA MADRE DEL VERBO
Obra maestra de la Trinidad

INTRODUCCIÓN AL MISTERIO DE MARÍA

La Maternidad Divina es el principio supremo de todas las grandezas de Nuestra Señora.

Nuestra Señora es la gran maravilla de Dios, el milagro de los milagros, la cima más alta de las grandezas creadas.

Por encima de ella solamente está la inaccesible Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu de Amor, Sociedad Eterna, donde cada una de las Tres Personas posee la plenitud de la Divinidad. En los abismos insondables de la Trinidad se esconde el movimiento de generación del Verbo y la Procesión del Eterno Amor en un ciclo sin fin. En Dios todo es Luz, Amor, Eterna Alegría: millares de mundos no podrían agregar o quitar la menor partícula de gloria o de felicidad a esta Trinidad indivisible y bienaventurada, Fuente

de todo bien, Alfa y Omega de todo.

El Verbo Encarnado, que vino a los hombres como Salvador, sin cesar de ser Dios, también está infinitamente por arriba de su Madre, puesto que es igual a su Padre en Divinidad, en Poder, Inmensidad y Eternidad; en todo semejante a Él, excepto en su Persona divina, infinitamente distinta de la del Padre y de la del Espíritu de Amor.

Después de la Trinidad divina, y después de Jesucristo, la Virgen María supera a todos los seres del universo: es simple criatura como nosotros, pero elevada por la Sabiduría y Predilección divinas a la dignidad suprema de Madre de Dios. Esta Maternidad Divina la establece como en un mundo aparte al unirla por su Término al orden hipostático; y le da a la Madre del Verbo todo el cortejo de gracias y privilegios inalienables que la constituyen como la incomparable obra maestra de Dios.

Nuestra Señora es Madre del Verbo, Madre de Dios. Este destino prodigioso la ha instaurado para siempre en una intimidad inaudita con cada una de las tres Personas divinas: asociada al Padre por la generación de un mismo Hijo, asociada al Verbo en todas las etapas de su obra redentora y asociada al Espíritu Santo en su misión de santificador de las almas.

Esta Maternidad Divina es la clave de todo el mis-

terio de María[1]. Nuestra mirada contemplativa jamás debería separarse de este centro único de las perspectivas marianas, principio supremo de todas las perfecciones y prerrogativas de la Madre de Nuestro Señor. En la visión de la gloria, tres cosas constituirán la fuente principal de la felicidad de los elegidos: la simplicidad de la Esencia divina que florece en la Trinidad, la Encarnación del Verbo que se extiende en una maravillosa redención del mundo, y la Maternidad Divina que se prolonga en maternidad de gracia sobre todos los elegidos. Este primado de la Maternidad Divina ilumina, desde sus cumbres, todo el misterio de María.

Todo en Ella se desprende de esta Maternidad Divina a modo de preparación, concomitancia, o consecuencia, y guarda en todo su misterio una unidad indestructible. Es *Inmaculada* para poder ser un templo vivo, digno del Verbo. Su Maternidad Divina permanece *virginal* para poder guardarla enteramente para su Hijo. María es *"llena de gracia"* para

1 Ver Nota teológica I– LA MATERNIDAD DIVINA, CLAVE DEL MISTERIO MARIANO. (El autor incluye al final de la obra un apéndice con "Notas teológicas". donde fundamenta teológicamente, con documentos pontificios y de los Santos Padres, ciertos aspectos fundamentales del Misterio de Nuestra Señora. Para remitir a estas notas. pondremos como aqui. Ej.: [1] *Ver Nota teológica I– LA MATERNIDAD DIVINA, CLAVE DEL MISTERIO MARIANO.*) [N. del T.]

recibir al Verbo en su seno y cumplir su misión de Madre de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. La maternidad sobre un Dios Salvador la hace, naturalmente, *Corredentora del mundo* y *Dispensadora de todas las gracias*, asociada a los sufrimientos y a las glorias de su Hijo. Así en María todo se reúne alrededor de esta maternidad: *Inmaculada Concepción, Virginidad perpetua, Plenitud de gracia, Corredención del mundo*. Y luego de habernos adquirido en la tierra todas las gracias de salvación, recibe, en virtud de esta misma maternidad, el título de "*Intercesora omnipotente frente a su Hijo*", en una plenitud de gloria digna de la Madre de Dios. En fin: su función *de Mediadora universal*, síntesis de su ser y de su acción en el universo, se desprende de su título de *Madre del Único Mediador del mundo*. Nuestro culto mariano, penetrado todo él de intimidad filial, no es otra cosa que una respuesta de nuestro corazón a su título de Madre de Dios y de los hombres.

***

Como toda ciencia, la ciencia mariana, modelándose rigurosamente sobre la realidad, da a esta Maternidad Divina el papel universal y arquitectónico de un primer principio sobre el que se asienta todo el edificio del saber. La unidad de la ciencia exige

la unidad de su principio supremo. El principio de asociación se le atribuye, no por una conexión de derecho y *a priori*, sino de hecho, en virtud de los libres decretos de la Providencia que vienen a determinar esta Maternidad Divina, según las perspectivas históricas y concretas de la Encarnación del Verbo. María es Madre de un Dios Salvador: esta es su definición esencial, "*Mater Salvatoris*", "*alma Redemptoris Mater*", canta la Liturgia. Dios la asoció a toda la obra de su Hijo a título de Madre de Dios y de los hombres. Su maternidad, divina en su esencia, se convirtió además en una Maternidad Divina sobre todos los miembros del Cuerpo Místico, del cual Cristo es Cabeza. Maternidad Divina y Maternidad corredentora: he aquí los dos principios fundamentales y subordinados que dirigen toda la organización interior de la ciencia mariana[2].

Con estos dos principios se vinculan todos los axiomas directos de la mariología:

– *axioma de conveniencia*, que postula a favor de María todas las gracias y todos los privilegios necesarios, en razón de su doble misión de Madre de Dios y de los hombres;

– *axioma de conformidad con Cristo*, que la acerca a Él en virtud de la analogía profunda que existe

2 Ver Nota teológica II. POR UN ORDEN CIENTÍFICO MARIAL.

entre sus dos misterios, esencialmente correlativos, como dos astros conjugados que se mueven uno en dependencia del otro;

– *axioma de excelencia*, que nos permite atribuir a María "en grado supremo", "*in summo*", todas las perfecciones y socorros de los que había menester;

– en fin, *axioma de trascendencia*, que nos invita a reconocerle todos los favores de los cuales gozan, por su mediación y plenitud de gracia sobreabundante, todos los otros santos[3].

Todos estos axiomas encuentran su fundamento y explicación en su oficio de Corredentora del mundo y sobre todo en su misión sublime de Madre de un Dios Salvador. Todavía nos queda aplicar estos axiomas con la discreción que se impone, teniendo en cuenta su estado de creatura, los límites de su naturaleza humana, de su papel de mujer y de su vida de fe; sin atribuirle todavía, mientras vivía en la tierra, las condiciones de existencia de los ángeles o de los bienaventurados. La Santísima Virgen en verdad no tiene necesidad del elogio de la mentira.

Cada período de la historia de la Iglesia tiene su manera peculiar de contemplar el misterio de María. Después de Pentecostés, los apóstoles veneraban en ella a la Madre de Jesús. En la época de las grandes

3 Ver Nota teológica III. AXIOMAS MARIALES.

herejías cristológicas y del concilio de Éfeso[4], la fe católica afirmó con entusiasmo su creencia indefectible en su título de Madre de Dios, de "*Theotókos*" y los siglos han corrido, descubriendo en su virginidad intacta las primicias de una eminente santidad y de una pureza sin mancha, llamada a resplandecer en el dogma de la Inmaculada Concepción[5]. Pese al protestantismo y al jansenismo[6], la verdadera devoción mariana se extendió con un movimiento irresistible y bajo mil formas diversas en todo el pueblo cristiano. En nuestros días, más que nunca, las almas quieren vivir en María.

Dos rasgos fundamentales caracterizan la vida mariana de nuestra época. Queremos ver a María no en una aureola de éxtasis y alejada de nosotros con una dignidad inaccesible, sino como una madre próxima

4 El Concilio de Éfeso se celebró entre el 22 de junio y el 16 de julio del año 431, en Éfeso, antiguo puerto griego, en la actual Turquía. Es considerado como el III Concilio Ecuménico. Al concluir, el pueblo entero, enfervorizado, proclamaba por las calles a la Virgen María como Madre de Dios. "*Theotókos*". [Nota del T.].

5 El dogma de la Inmaculada Concepción fue proclamado el día 8 de diciembre de 1854 por el papa Pío IX, a partir de las apariciones de Nuestra Señora en Lourdes, Francia. [Nota del T.].

6 El jansenismo es una herejía iniciada por el teólogo y obispo Cornelio Jansenio (1585-1638), que se extendió por Europa durante los siglos XVII y posteriores, y que fue condenada debido a sus tesis sobre la salvación, que en último término niegan el concurso de la libertad humana. [N. del T.].

a nosotros, cuyo privilegio de Madre de Dios no la aparta de su medio de trabajo, de sus ocupaciones de ama de casa, de sus dificultades cotidianas, semejantes a las de cada una de nuestras vidas. Nada es más revelador de esta mentalidad moderna que las reflexiones, tan realistas, de Santa Teresita de Lisieux. "Lo que me hace bien cuando pienso en la Sagrada Familia, es imaginarme una vida totalmente normal... todo en su vida se hizo como en la nuestra".[7] "Nos muestran a la Santísima Virgen como inabordable; habría que mostrarla imitable, practicando las virtudes escondidas, decir que vivía de fe como nosotros, y probarlo con pasajes del Evangelio".[8] También a nosotros nos atrae contemplar a la Madre de Dios pasando sobre esta tierra como una mujer de nuestros tiempos[9].

Un segundo rasgo caracteriza a la actitud moderna frente al misterio de María: puesto que aspiramos a un cristianismo militante, queremos encontrar en la Virgen María no a una jovencita "muy piadosa", sino a una Virgen guerrera, comprometida a fondo en el servicio de la Redención. El gran problema que

7 Novissima verba, 20-8-1987.

8 Novissima verba, 23-8-1897.

9 La expresión "femme de chez nous", en adelante se traducirá como: "mujer de nuestros tiempos", o "mujer de nuestra tierra", dada la imposibilidad de una traducción literal. [N. del T.]

domina a la ciencia mariana contemporánea es su título de Corredentora del mundo, base de su papel de Mediadora universal.

Este ensayo de síntesis se inspira en estas cuestiones de actualidad, pero con la preocupación primordial de integrar cada uno de los aspectos del misterio de María en su verdadero lugar: en las justas proporciones de una construcción armónica. La síntesis es la gran necesidad de nuestro tiempo. Sin duda que es temerario intentarla, pues hay grandes problemas que quedan todavía sin resolver. Mas, sin embargo, las nuevas hipótesis cobran todo su valor y fecundidad en este recurso incesante a la síntesis de los principios rectores de una ciencia, únicos capaces de dar cohesión a todo el campo de las certezas o de las probabilidades.

¿Dónde hallar la luz introductoria al misterio de María? Es preciso descartar toda concepción subjetiva y *a priori*. Las verdaderas perspectivas marianas son bíblicas. Bajo esta gran luz de Dios, una continuidad maravillosa liga y relaciona todos los aspectos de este misterio: desde el Génesis hasta el Apocalipsis, desde la primera profecía, en la noche de la caída, hasta los esplendores de la gloria. El Evangelio sigue siendo aquí la luz suprema, que ilumina, con las claridades de la Encarnación, el verdadero rostro de Nuestra Señora.

Hemos seguido estas etapas providenciales del desarrollo histórico y psicológico del misterio de María. Después intentamos, en una rápida síntesis, captar toda la concatenación de gracias y privilegios en torno a la Maternidad Divina. Finalmente, en un misterio que toca tan de cerca a la esencia misma del cristianismo, nos ha parecido necesario retrotraer todas estas visiones personales a la vasta Tradición de la Iglesia, a su mirada contemplativa sobre María, de donde brota espontáneamente un culto filial hacia Aquella que es Madre de Dios y Madre nuestra.

En la fiesta de la Santísima Trinidad,
San Maximino, 12 de junio de 1949.

I. EL DESTINO DE UNA MUJER

La nueva Eva

María ocupa un lugar central en el corazón del cristianismo: sin Ella, no existiría Nuestro Señor Jesucristo. Si se arrancara la página divina que nos revela la Encarnación del Verbo al "Fiat" de María, el Evangelio perdería todo su sentido, las Escrituras quedarían como un libro sellado.

Su nombre está inscrito en el punto de convergencia de todos los misterios de nuestra fe. Ella sola, entre todas las criaturas, figura en nuestro Credo con un título esencial: el Verbo Eterno, verdadero Dios y verdadero Hombre, Luz de Luz, Consustancial e igual a Dios, no quiso descender del cielo sino por intermedio de María. Se encarnó en su seno : *"Et incarnatus est de Spiritu Sancto, ex Maria Virgine, et homo factus est"*. "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros"[10], pero en María.

¡Que luz decisiva sobre el destino de esta hija de la

10 Jn. 1, 14.

tierra hecha Madre del Eterno! El suceso más importante del mundo está ligado para siempre a lo más íntimo de su vida. Por Ella y en Ella, Dios quiso realizar todas sus promesas de salvación. En el misterio de María debemos entrar siempre por este camino de la Encarnación.

Perspectivas bíblicas

Sería empobrecer particularmente el misterio de María contemplarlo aisladamente, en sí mismo. El prodigioso destino de esta mujer se desarrolla sobre los vastísimos horizontes de la Redención. A la Iglesia le atrae contemplar a la Madre de Dios y de los hombres en el cuadro glorioso y trágico de la noche de la caída. Las perspectivas bíblicas iluminan con claridad divina el papel universal de la Corredentora del mundo. Al lado del Salvador entrevisto, se encuentra la Mujer misteriosa, cuya imagen rondara en la mente de los profetas. Tanto en el plan de la revancha divina, como en la escena de la caída, la primera protagonista que encontró la Serpiente frente a ella fue la Mujer. Un combate sin tregua ni perdón, un duelo a muerte, proseguirá a través de los siglos entre la raza de la Mujer y los esbirros de Satán: "Pondré enemistad entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya"[11]. En el punto culminante

11 Génesis 3, 15.

y decisivo de la lucha, el "Hijo" de la Mujer, el fruto de sus entrañas, triunfará sobre la serpiente; y la Mujer misma, asociada a su Hijo, desempeñará un papel primordial en esta victoria final.

Todo el mesianismo del futuro se contiene en germen en esta magnífica promesa. En adelante, pese a todas las catástrofes, el corazón de la humanidad pecadora se arraigará en esta invencible esperanza, y la mirada de los hombres se volverá confiada hacia esta Mujer extraordinaria.

¡Qué lejos quedamos, bajo esta luz inspirada, de todas esas vírgenes de sonrisa dulzona y aire lánguido, caricaturas de Aquella que fue por excelencia la Mujer fuerte, la Virgen terrible, más temible para el demonio que un ejército dispuesto en orden de batalla, a quien nos presenta Dios, en la Biblia, comprometida a fondo en esta lucha formidable entre el Bien y el Mal que constituye el drama eterno y el eje del mundo! Esta Mujer del Génesis es la Madre de Jesucristo, que se entregó por completo al servicio de la Redención, y que el Apocalipsis nos mostrará todavía en los dolores del alumbramiento, hasta que se complete el número de los elegidos.

Tales son las verdaderas perspectivas de la Revelación divina sobre el misterio de María. No es una "jovencita" sino una virgen guerrera, el primer combatiente de Jesucristo, la Corredentora del mundo.

La nueva Eva

Desde los tiempos primitivos la Iglesia tomó conciencia del papel universal de María como asociada al nuevo Adán a título de nueva Eva, a fin de reparar con Él la ruina espiritual de la humanidad, causada por la primera pareja prevaricadora. Nuestro Señor Jesucristo y su Madre serán, en cambio, la pareja salvadora.

La tradición cristiana será fiel a esta inspiración inicial que, en nuestros días, resplandece a plena luz en el famoso principio de asociación, base de toda la mariología moderna. En el orden de nuestra Redención, la nueva Eva está asociada al nuevo Adán a título de "semejante a Él", según la formula célebre de san Alberto Magno[12].

En este plan de revancha toda la naturaleza humana, hombre y mujer, arrastrada en la caída, cooperará a la salvación. Todos los elementos que habían servido para nuestra ruina servirán ahora para nuestra restauración, cada uno según su vocación providencial: Jesucristo, como Cabeza, María a título de Compañera y Madre. Y, ¡qué magnificencia en la respuesta divina! El nuevo Adán es Dios, la nueva Eva es Madre de Dios, y los hombres no son más simples hijos de Adán sino verdaderos hijos de Dios,

12 Ver Nota teológica IV. LA NUEVA EVA.

conformes a la imagen del Hijo Único del Padre, miembros vivos del Verbo Encarnado y llamados en Él a "la consumación en la unidad"[13] de la Trinidad.

Asociada al nuevo Adán, la nueva Eva será la confidente de todos sus proyectos de redención. Así, desde las primeras páginas del Génesis hasta las supremas perspectivas de la gloria, la Madre y el Hijo aparecen unidos, como dos seres predestinados a una misma tarea, que ponen en común todos sus pensamientos, todos sus quereres, todos sus méritos, todo el valor moral de su vida de expiación y redención, realizando en conjunto una misma obra de salvación, así como el primer hombre y la primera mujer habían causado en conjunto una misma ruina universal.

Las Sagradas Escrituras no los separan jamás. La Santísima Virgen María ya está allí desde el primer oráculo mesiánico del Génesis. Nuestra Señora es también la Virgen de Isaías que lleva en su vientre al Emmanuel. A la hora decisiva de la Encarnación, Ella está allí para dar su "Fiat". La Virgen está siempre allí, presente en todos los misterios de la infancia de Jesús: en Ain-Karim para santificar al Precursor por la presencia de Aquel que se oculta en su seno; en Belén para manifestar al Salvador al mundo; en el Templo para ofrecerlo a su Padre y para mostrar

13 Jn. 17, 23.

a su pueblo fiel al Mesías "gloria de Israel y luz de las naciones"[14]. Podemos extender a todos los misterios de Nuestro Señor la reflexión del evangelista a propósito de las bodas de Caná: "la Madre de Jesús estaba allí"[15]. Está allí donde se encuentre su Hijo: en Egipto, en Nazaret, al pie de la Cruz, en Pentecostés; y, ahora, en el cielo, está todavía más cerca suyo que nunca, asociada a su oración de Cristo y a su triunfo eterno.

"Tota mater"

Es la maravilla de las maravillas el que Dios haya reunido en María todas las vocaciones de la mujer: virgen, esposa y madre.

En lo profundo de su ser, la mujer, antes que nada, es madre. Todo en ella se ordena a la maternidad: su cuerpo, su alma, sus facultades de inteligencia y sensibilidad, sus aptitudes y su inagotable abnegación. En toda mujer se esconde un corazón de madre.

Lejos de escapar a estas leyes profundas de la naturaleza femenina, María realiza en sí, al máximo, esta vocación suprema de la mujer. Fue esencialmente Madre: Madre de Dios y de los hombres, *"tota mater"*, enteramente Madre. Nuestro Señor mismo, desde lo alto de la Cruz, no la designa de otro modo:

14 Lc 2, 32.
15 Jn. 2, 1.

"*Ecce mater tua!*", "he aquí a tu Madre"[16], para hacernos comprender que este oficio de Madre encierra toda la esencia del misterio de María.

...

Tal es el destino único de esta Mujer de nuestra raza, semejante en apariencia a todas las mujeres de nuestro tiempo, realmente Madre de Dios en su carne, y madre de todos los hombres en Cristo. Todo en Ella se sigue de su Maternidad Divina, que la coloca en la cumbre de la creación y la eleva hasta las fronteras de la Divinidad, en el interior del orden hipostático. Orden que alcanza, no por la substancia de su ser, como Nuestro Señor, sino por el Término vivo e Increado de su acción generadora.

Madre de un Dios Salvador, asociada a toda su obra de rescate, lo acompaña en la doble fase de su mediación salvadora: adquisición de todas las gracias, y distribución de todos los beneficios de la Redención.

Podemos ahora contemplar el lugar único de María en la economía de la salvación: la Misericordiosa Trinidad es la Fuente primordial y vivificante de todo; el Verbo Encarnado, habiendo cumplido en persona la Redención del mundo sobre la Cruz, conduce a todo el cortejo de los elegidos, por medio de

16 Jn. 19, 27.

la Iglesia, "al seno del Padre"[17]. Pero Él, a su vez, quiso asociar a su Madre a toda su acción de Mediador: la constituyó Corredentora del mundo y Tesorera de todas las gracias de la Trinidad. "Ninguno va al Padre sino por el Hijo"[18], y ninguno puede ir al Hijo sino por su Madre[19]. Tal es la voluntad inmutable de Aquel que resolvió darnos todo por María.[20]

17 Jn. 1, 18.

18 Jn. 14, 6.

19 *"Nisi per Mariam, Deo sic volente... ut, quo modo ad Summum Patrem nisi per Filium nemo potest accedere, ita fere nisi per Matrem accedere nemo possit ad Christum"*."Si no es por María, queriéndolo así Dios... para que, al modo como nadie puede acceder al Padre si no es por el Hijo, así nadie pueda acceder a Cristo sino por su Madre".(León XIII, *"Octobri mense"*, 22 de septiembre de 1981)

20 *"Sic est voluntas ejus, qui totum nos habere voluit per Mariam"*. S. Bernardo, In Nativitate B. M. V. P. L., 183, 441)

II. INMACULADA

"Tota pulchra es"

Aquella a quien desde toda la eternidad predestinaba Dios para ser la Madre de Su Hijo y la Madre de los hombres, no podía dejar de estar colmada por la liberalidad divina de todas las gracias y de todos los privilegios debidos a su misión excepcional. Para ser una digna Madre de Dios, capaz de luchar sin desfallecer contra todas las fuerzas del mal, su alma debía resplandecer con un brillo sin mancha. La diáfana Trinidad resolvió hacer de María su obra maestra inmaculada.

"Ella te aplastará la cabeza"

Desde la aurora de la salvación, Dios nos dejó entrever, en la penumbra profética, la triunfante pureza de esta Mujer elegida para vencer a la serpiente infernal. La maldición divina acababa de caer, implacable, sobre la raza humana culpable, pero en vano el tentador intentará atacarla y picarle el talón. María permanecerá invulnerable a todas las mordeduras de Satán. Es Ella, al contrario, quien le aplastará la ca-

beza con el poder soberano y sonriente de una virgen inaccesible al pecado.

Este primer oráculo mesiánico proclama su contundente victoria. Por supuesto, la Virgen pertenece en todas las fibras de su carne a la raza pecadora de Adán. También es hija de Eva, pero, por un don de Dios sin precedentes, escapa totalmente al contagio moral que desde la caída original infecta a toda la naturaleza humana. María aparece, desde ya, resplandeciente de pureza, dominadora del mal: Inmaculada.

La *"almah"* de Isaías

El más grande de los profetas, Isaías, entrevé a "la virgen que dará a luz al Emmanuel" en la luz de una pureza inviolable

En esta época turbulenta y corrompida, el pecado llega hasta el paroxismo bajo la incredulidad de Acaz. Pero "las horas desesperadas son las horas de Dios". El Todopoderoso, fiel a sus promesas, va a dar un signo inaudito a la casa de David. Pese a su desvío actual, de ella nacerá el Mesías. "Una vara saldrá del tronco de Jesé y de sus raíces surgirá un retoño sobre el que descansará el Espíritu de Dios"[21].

Ahora bien, he aquí el signo inesperado y deslumbrante que señalará al Libertador de Israel: como

21 Isaías 11, 1.

antaño en los tiempos del Génesis, bien cerca del Salvador, habrá una Mujer asociada a toda su obra de salvación, eternamente virgen. Isaías la designa con una palabra intraducible, símbolo a la vez de su juventud y de su virginidad: es una "*almah*", una jovencita que no conoce ningún hombre y que de modo absoluto no desea conocerle. He aquí la futura madre del Mesías, del "Dios con nosotros". "Escucha, casa de David... atiende al signo que te dará tu Dios. He aquí que una Virgen concebirá y dará a luz a un Hijo, y lo llamará Emmanuel"[22].

Esta segunda profecía mesiánica y mariana nos lleva, de un salto, más allá de todos los milagros realizados hasta este día en la antigua alianza. Se promete una maternidad virginal y divina en favor de una hija de Israel. La visión radiante de una Virgen Madre proyecta una claridad purísima sobre el rostro de esta Mujer inmaculada, siempre inseparable de su Hijo.

La Mujer sin pecado

El Evangelio hará resplandecer con plena claridad las luces entrevistas en el Antiguo Testamento.

La pureza de la Inmaculada se ordena a su Maternidad Divina. ¿Cómo habría podido tolerar el Hijo de Dios el deshonor de una madre pecadora? Debía

22 Isaías 7, 13-14.

guardarla de todo mal de una manera más radical, más sublime que las otras creaturas. Y lo hizo con magnificencia divina, depositando a sus pies el privilegio único de una Concepción Inmaculada, primer fruto de su Sangre redentora. Aunque murió por todos, Jesucristo ofreció su vida antes que nada por su Madre, para que sea la más bella de las almas redimidas, intacta, invulnerable, no *liberada* como nosotros sino *preservada* de la falta antes incluso de contraerla, en el instante preciso en que la Trinidad increada unía a su carne su alma inmortal. Más pura que un ángel en su cuerpo de mujer, tan transparente de la belleza de Dios en su ser virgen, y de un tal esplendor divino que no puede imaginarse en creatura alguna una pureza tan grande, después de la de Dios. Sólo el Verbo Encarnado supera a su Madre en la distancia infinita de todo mal.

La Inmaculada es, por lo tanto, una hermana de nuestra raza, el honor y la gloria de su sexo, la primera de los redimidos, la obra maestra de la Redención.

Todo su ser humano encontró, junto con este privilegio, el equilibrio maravilloso de nuestra naturaleza antes de la caída. Dios colmó a la Inmaculada tan plenamente con su gracia divina, que le era moralmente imposible caer en el mal. Ninguna traza de pecado, ninguna concupiscencia desarreglada, nin-

gún foco de corrupción en su carne, ninguna debilidad en su corazón.

Su inteligencia, de una perfecta rectitud, no podía desviarse de la verdad. Su voluntad, fija en Dios, no podía desfallecer. Su sensibilidad exquisita, la más femenina que hubo, estaba en sus menores movimientos totalmente ordenada a Dios y al bien. Jamás hubo un ser más virgen, más puro, más sensible, más equilibrado. La belleza de su cuerpo reflejaba el candor divino de su alma. María fue el ideal de la gracia, que armonizaba en grado único todas las riquezas de la naturaleza; y era digna ya, por su pureza, de convertirse un día en Madre de Dios. Es la única creatura que nunca jamás cometió pecado.

Su "impecabilidad" no es sin embargo igual a la del Verbo cuando habitaba entre los hombres con su Personalidad divina. María fue impecable a la manera de una simple creatura, pero al supremo grado posible dentro del régimen de la fe; con el alma inundada de una tal plenitud de luz divina y de una tal superabundancia de gracia –pues fue establecida desde su origen en las más altas cumbres de la unión transformante–, que realizaba cada uno de sus actos conscientes bajo la moción especial del Espíritu Santo, sin ninguna posibilidad de desviarse.

Nunca cometió la menor falta venial, ni la menor imperfección. La Iglesia hará suya la reflexión de

San Agustín: "Cuando se trata de pecado, no quiero que se trate de Ella"[23]. "*Tota pulchra es, María, et macula originalis non est in te*". Ella mismo vino a nuestra tierra de Francia para entregarnos su nombre inefable: "soy la Inmaculada".

Entre todas las mujeres, María es la Mujer sin pecado[24].

"Llena de gracia"

El aspecto negativo del misterio de la Inmaculada, única criatura sin mancha ante Dios, no debe hacernos olvidar el lado positivo de la plenitud de gracia. Ya desde el primer instante de su existencia, esta plenitud la eleva a un grado de santidad incomparablemente superior al de todos los ángeles y todos los santos reunidos, "bien por encima de todas las creaturas del universo".

El alma de la Inmaculada, como cristal purísimo, estaba revestida de modo incomparable, del esplendor divino. Desde su aparición en la tierra, fue la más amada por Dios, la más llena de gracia, la más agradable a sus ojos. Si la visión de un alma inmortal que vive en amistad con Dios es capaz, al decir de

23 S. Agustín, *De Natura et Gratia*, cap. 36: *"Nullam prorsus cum de peccato agitur volo habere quaestionem"*.

24 Ver Nota teológica V. EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y SUS CONSECUENCIAS.

Santa Catalina de Siena, de hacernos morir de alegría, ¿qué pensar del alma de María, delicia de Dios y paraíso de la Trinidad? En el momento en que proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción, el Papa Pío IX se sintió invadido de tal luz divina contemplando la belleza del alma de la Inmaculada, que, sin una gracia especial, –decía él más tarde–, habría muerto de felicidad.

Los principios más seguros de la teología de la gracia nos permiten entrever la grandeza de este privilegio de la Inmaculada: la hallamos ordenada desde su concepción a la Maternidad Divina, y orientada con toda su alma, sin que lo supiera todavía, hacia el orden hipostático, que se eleva infinitamente sobre todo el mundo de la gracia, y es el punto cumbre y centro de atracción de todo su misterio. Desde su primer instante, Nuestra Señora apareció en el mundo sobrenatural con el alma invadida por las olas de la gracia divina. Después de Nuestro Señor Jesucristo, la Inmaculada es la obra maestra de Dios.

Todas las maravillas de la gracia encuentran en Nuestra Señora su realización, a un grado que el pensamiento humano no puede concebir: una divinización de todo su ser que la hace ser la imagen más semejante a la Trinidad; una gracia de adopción por la que se convierte en prototipo de todas las creaturas, –puesto que Jesucristo es por naturaleza el pro-

pio Hijo de Dios–; habitación de las Tres Personas divinas que la constituye, en las profundidades de su alma, en el más bello templo de la Trinidad que jamás habrá; despliegue prodigioso de una actividad totalmente deiforme, en perfecto ejercicio de todas las virtudes infusas y adquiridas, bajo la moción constante de los dones del Espíritu Santo, hacia el estado más elevado de la unión transformante; y en fin, un mérito inconmensurable y siempre en progreso, que la encaminará rápidamente hasta la dignidad suprema y totalmente gratuita de la Maternidad Divina y la entera transformación en la irradiación de la gloria de Dios, en el día de la Asunción.

Habría que retomar aquí todas las leyes del desarrollo de las virtudes y los dones del Espíritu Santo, aplicándolas a María "al grado supremo", "*in summo*", según la regla fijada por San Alberto Magno: fe iluminada por los dones de inteligencia, de ciencia y sobre todo de sabiduría; esperanza invencible, siempre pacífica y a la que no turbarán ni los sucesos desconcertantes de la infancia de Jesús, ni el desastre aparente del Gólgota, ni las primeras persecuciones contra la Iglesia naciente; vida de adoración, de oración y de alabanza completamente glorificadora a Dios; exquisita caridad hacia todo el mundo y justicia toda penetrada por el don de piedad. Y por encima de todo un amor sin reserva, sin límite, que

la vuelve cada vez más dócil a las menores inspiraciones del Espíritu de Dios para el servicio de la Redención. Todo esto sin brillo, sin llamar la atención sobre sí, a imitación del Dios escondido e inmutable que sostiene el universo con su omnipotencia creadora y silenciosa.

A su alrededor nada deja suponer una tal plenitud de gracia, de la que los mismos espíritus puros quedan deslumbrados. No busquemos medir lo que no podemos expresar en fórmulas matemáticas y que surge, no del terreno de la cantidad, sino de un orden puramente espiritual, que introduce al alma de María en la esfera misma de la vida íntima de Dios y en el grado máximo de participación para una simple creatura.

Todas las virtudes tienen en ella su modelo perfecto, en grado eminente, en el margen de un imperio soberano sobre las pasiones y de inocencia perfecta: estos son los privilegios inalienables de la Inmaculada[25].

La Virgen fiel

Mientras que en el alma de Jesús la gracia santificante se consumó desde el primer instante en una plenitud en cierto modo infinita, incapaz de acrecen-

25 Ver Nota teológica VI. LA INCOMPARABLE PLENITUD DE GRACIA EN MARÍA.

tamiento, María se presenta a nuestros ojos como el tipo del progreso espiritual en la Iglesia.

Su gracia de Inmaculada no era más que un punto de partida, una plenitud inicial llamada a crecer sin cesar, en cada uno de sus actos, en proporción cada vez más grande, cuyo crecimiento sería temerario tener la pretensión de medir. Todo lo que podemos decir de él, apoyándonos en las leyes de la gracia, nos lleva a concluir la existencia en sus menores acciones cotidianas de un valor meritorio, satisfactorio e impetratorio superior a todos los méritos de la Iglesia militante. Dios encontraba más gloria en una sola sonrisa de María que en el testimonio sangriento de todos los mártires. Su poder de intercesión sobre el corazón de Dios sobrepasaba, desde los primeros actos conscientes, el de todos los ángeles y santos, aunque sin igualar jamás el valor infinito de los actos personales de Cristo.

En cada uno de sus actos merecía un grado superior de gracia. ¿Cómo determinar desde ahora las etapas de una vida interior de una tan rápida y prodigiosa ascensión hacia Dios? Su fe cada vez más luminosa y penetrante la hacía entrar en una comprensión cada vez más vasta y profunda de los abismos de la divinidad. Todas sus virtudes crecían simultáneamente y en grado heroico, bajo el impulso continuo y dominante del amor más puro e intenso, bajo la moción

constante del Espíritu Santo. Su vida inmaculada fue una ascensión constante hacia la inmutable Trinidad.

Los sucesos exteriores que pronto transformarán su existencia de mujer, y a través de los cuales participará con corazón de Madre en todo el drama de la Redención, ya se preparaban en la fidelidad de su corazón de Virgen.

III. UNA MUJER DE NUESTRA TIERRA

La vida más divina bajo las apariencias más ordinarias.

Hija de Israel

La vida de María era parecida, en su apariencia exterior, a la de todas las otras jóvenes de Israel.

El cuadro inmediato de su infancia fue, posiblemente, Jerusalén. Sobre las rodillas de su madre aprendió a balbucear la palabra "*Adonai*", el nombre bendito del Señor. Al crecer, María va a la fuente, y vuelve con la vasija sobre la cabeza, graciosa y ligera, mezclada con la turba de mujeres que también vuelven de allí cargadas de agua para las necesidades del hogar. Ocupa sus jornadas con trabajos domésticos; y al caer la noche, trabaja todavía a la luz de una lámpara de aceite, tarareando una de aquellas melodías tan queridas a todas las mujeres del Oriente.

Mas en su alma, ¡qué esplendor! La ley de Dios

es el ritmo de su existencia, pues acompaña a toda mujer judía en los menores detalles de su vida: en casa, en viaje, en las horas de oración, en sus relaciones sociales y en las fiestas religiosas, desde que se levanta hasta que se acuesta. Como verdadera hija de Israel, María vive enteramente sumisa a la Ley, y encarna el portarretrato de la perfecta israelita que sabe guardar en su corazón el Espíritu de Yahvé.

La recitación del "*Shemá*"[26] le recuerda cotidianamente el primer precepto de la ley, el gran mandamiento del amor, que escribas y fariseos habían sepultado bajo el fardo de las observancias legales: "Escucha, Israel: el Eterno, tu Dios, es Uno. Lo amarás con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas"[27].

Tres veces por día, canta la gloria del Eterno:

"Bendito seas, oh Eterno, nuestro Dios,
Creador del cielo y de la tierra;
Tú eres nuestra suprema esperanza
de generación en generación;
Tú abates a los que se elevan,
Tú juzgas a los opresores,
Tú resucitas a los muertos".

Las comidas de familia, con sus ritos religiosos,

26 Oración tradicional del pueblo de Israel, tomada del Deuteronomio, cap. 6, v. 4, que todo buen israelita recitaba varias veces al día. [N. del T.]

27 Deut. 6, 4.

le recuerdan los beneficios de Dios a su pueblo elegido. Pero, sobre todo, María está deslumbrada por el Templo, por la misteriosa Presencia divina en el centro del culto de Israel. Con mucho gusto pasaría toda su vida a la sombra del Templo del Eterno. En él, su alma creyente y pura se llena de luz divina. Con las jóvenes israelitas, participa en las danzas sagradas. Su mente se abre a los grandes destinos de Israel. ¡Comprende tantas cosas como por instinto, por ser hija de David! Los Libros Santos, meditados continuamente y de los cuales sabe de memoria numerosos pasajes, modelan su alma según el Espíritu de Yahvé. Los profetas, los salmos, sobre todo, acuden frecuentemente a su memoria. ¡Qué resonancia tienen estos textos sagrados en el alma adolescente de María! ¡Ocupan un lugar tan privilegiado en las Escrituras, Ella, y el que más tarde será su Hijo! ¡Un lugar verdaderamente único! Más que todos los doctores de Israel, María sabe penetrar el sentido del Libro inspirado. Su vida interior se identifica de más en más con la espera del Mesías.

Ahora bien, un hecho sensacional transforma a toda la ciudad de Jerusalén.

Cada tarde, a la hora de la inmolación del sacrificio cotidiano, un sacerdote entraba en el Santo del Templo para encender el incienso delante del Señor. En el momento en que el humo del incienso subía

hacia el Eterno, todo el pueblo de Israel exultaba de gozo, en unión a los levitas que, al son de los instrumentos, cantaban las alabanzas de Dios. En este día, según el orden de su clase, oficiaba el sacerdote Zacarías, cuando de improviso, aparece un ángel de Dios, y le anuncia que, a pesar de su edad avanzada y de la de su esposa Isabel, tendrán un hijo al cual deben poner por nombre "Juan". El niño "será grande delante del Señor, lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre. Andará delante del Señor con el espíritu y el poder de Elías, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto"[28].

El alma del anciano sacerdote salta en su pecho: ¡Dios lo escogió, en su vejez, para ser el padre del precursor del Mesías! El recuerdo de la profecía de Malaquías vuelve a su memoria: "He aquí que enviaré a mi mensajero, que allanará el camino delante de Mí; y entonces vendrá a su Templo el Señor esperado, el Ángel de la Alianza"[29].

Llegaron los tiempos mesiánicos.

La Madre del Mesías

Otro hecho maravilloso, que domina toda la historia del mundo, se va a producir, no ya en los esplendores del Templo de Jerusalén, sino en una modesta

28 Lc. 1, 15-17.

29 Malaq. 3, 1.

casita de Galilea, donde una jovencita lleva ocultamente su vida silenciosa.

Según los designios eternos, ha llegado la hora de la plenitud de los tiempos. El Padre, al enviar a su Hijo al mundo, va a darle el testimonio supremo de su amor. Toda la Trinidad se regocija, y todo el cielo de los ángeles se alboroza. El mensajero del Altísimo desciende a un pequeño pueblito de Galilea llamado Nazareth, a una virgen prometida a un joven llamado José, de la casa de David. Y el nombre de la Virgen es: María.

"Salve, llena de gracia. El Señor es contigo", le dice el ángel al entrar a su casa.

Muy sorprendida, la joven se pregunta qué puede significar esta insólita salutación. La Virgen humilde se sobresalta, pero el ángel la tranquiliza: "no temas, María, pues has hallado gracia delante del Señor". Y el mensaje divino se desarrolla rápido, luminoso: "Concebirás en tu seno y darás a luz a un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Será grande, será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin".

En un instante, bajo una inspiración profética superior a todas las revelaciones de Antiguo Testamento, María comprende todo: el Dios de Israel la ha elegido para ser la Madre del Mesías. Todas las pro-

mesas bíblicas resplandecen, también, con radiante claridad a su mirada. Puede vislumbrar a plena luz la filiación divina del Mesías y su reino eterno.

Pero, "¿cómo se hará esto, puesto que he resuelto no conocer varón?", interroga la Virgen prudente.

Y de nuevo la luz divina desciende a su alma, inesperada, deslumbrante: todo será virginal en esta maternidad, el hombre carnal no tendrá nada de lugar. La maternidad milagrosa será obra exclusiva del Todopoderoso: "el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por esto El que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios", sin tener más que a Dios por Padre. Lejos de profanar tu virginidad, la Maternidad Divina será su suprema consagración. Prodigio inaudito, sin duda, pero "nada es imposible para Dios" ¿no acaba de hacer fecunda en su ancianidad a tu prima Isabel, madre del precursor?

Ahora todo queda claro. Esta maternidad será divina y virginal. María se da perfectamente cuenta de que en Ella se juega todo el destino del mundo. Su hijo Jesús, ¿no será el Salvador? Dios la empuja a realizar sus eternos designios, y el universo entero espera su consentimiento. Entonces, con plena conciencia del alcance universal de su acto, a fin de reparar la ruina del género humano, María pronuncia su "sí", que la compromete para siempre al servicio

de la Redención: "He aquí la esclava del Señor; que se haga todo en mí según tu palabra"[30].

Y el ángel, que la había saludado Virgen, la despide Madre de Dios[31].

La Madre de Jesús

Este cambio profundo transforma a María en todo su ser. La maternidad opera, en una psicología de mujer, un cambio total: su hijo se vuelve el centro de su vida. ¡Cuánto más el Hijo de una Virgen, y cuando este Niño es Dios!

Hallamos sin duda cierta dificultad al intentar seguir los movimientos secretos de esta joven Madre de Dios que, sin dejar de ser una mujer de nuestra tierra, debe ir a buscar a su Hijo por la fe "en el seno del Padre".[32] Toda su alma de madre está desde ya orientada hacia este Niño que es Dios, igual al Padre en Divinidad y, con Él, Principio del Espíritu Santo. En la cumbre de su alma, María no vive más que de la contemplación de este Verbo Encarnado que habita entre los hombres y a la vez descansa inefablemente en el Padre, Fuente infinitamente profunda

30 Lc. 1, 28-38.

31 Ver Nota teológica VII. IMPORTANCIA PRIMORDIAL DEL "FIAT" DE LA ENCARNACIÓN.

32 Jn. 1, 18.

de su Generación eterna (VIII).[33]

A la luz de la Encarnación operada en Ella, todo el Antiguo Testamento se ilumina a sus ojos. La Presencia viva del Verbo en su seno le atestigua la filiación divina del Mesías. Las verdaderas dimensiones de su maternidad se le aparecen: Madre del Hijo Único del Padre y Madre de los hombres, Madre de todos los hijos de Dios llamados a entrar por adopción en la familia de la Trinidad. Se siente Madre del Cristo total. Su mirada y su corazón de Madre comienzan a extenderse a través del espacio y del tiempo, al pasado, al presente, al porvenir, hacia cada uno los hijos de Dios, hermanos de Jesús. Considera con admiración la amplitud universal y la indisociable unidad de todo el Cuerpo Místico del cual se convirtió en Madre al concebir, en un mismo "Fiat", a la Cabeza y a los miembros, al "Primer nacido" y a la "multitud de sus hermanos"[34]. En un instante, y para siempre, su consentimiento único crea en Ella un corazón de Madre para Jesucristo y para todos los hijos de Dios. Como verdadera Madre, María no quiere vivir más que para sus hijos.

La Madre de Jesús medita estas cosas mientras que "a toda prisa", según el anuncio el ángel y por invi-

33 Ver Nota teológica VIII. MATERNIDAD DIVINA Y ORDEN HIPOSTÁTICO.

34 Rom. 8, 29.

tación de Dios, se dirige a la casa de su prima Isabel. Al atravesar las llanuras de Galilea, al recorrer la Tierra Santa, en la que cada mota de polvo evoca un recuerdo sagrado, los textos bíblicos afluyen a su memoria recordándole los innumerables beneficios del Dios de Israel. Todas las promesas cobran un sentido nuevo en su alma, bajo el resplandor de la Presencia invisible del Mesías que lleva en su seno. Y la región, inerte, le parece viva.

Apenas llegada a lo de su prima, en la aldehuela de Ain-Karim, asiste a nuevas maravillas de Dios. El hijo de Isabel salta al acercarse el Salvador oculto en Ella y, bajo una luz profética, Isabel saluda en María a la Mujer bendita entre todas las mujeres, elegida por Dios como Madre del Mesías: "¿De dónde a mí tal honor, que la Madre de mi Señor venga a visitarme?"[35]

La humilde Virgen María, inmersa en la alegría de su Maternidad Divina, vibra de gozo en su alma de Madre de Dios: "El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas: ¡a Él toda la gloria! Se ha dignado mirar la humildad de su sierva, ha desplegado la potencia de su brazo, se complació en exaltar a los humildes. Su Nombre es santo y su misericordia se extiende de generación en generación. Prestó socorro a su siervo, Israel, como lo había prometido a

35 Luc. 1, 43.

nuestros padres, en favor de Abraham y de su raza para siempre"[36].

La claridad de la Encarnación pasa por María dando vida nueva a cada cosa. Todos los secretos del plan divino le son revelados. Dios se dignó elegirla, por pura gracia, para ser Madre del Mesías, a pesar de su pequeñez y de su nada. Y divisa proféticamente a todas las generaciones que la llamarán bienaventurada. Mas es Dios quien obró todo, al elevarla, sin mérito de su parte, a la dignidad de Madre de su Hijo. La Encarnación en Ella del Hijo Único del Padre, ¿no es prenda de una misericordia que queda adquirida para siempre?

A través de las reminiscencias bíblicas y de las fórmulas milenarias del Magnificat pasa un soplo nuevo. Es desde luego todo Israel quien canta aún en María, pero ya con el Espíritu del Hijo. El "*Magnificat*" es el canto triunfal de la Encarnación del Verbo, de los sentimientos íntimos de la Madre de Dios; es el cántico personal de la Madre de Jesús.

La Virgen Madre y el Niño Dios

María se queda alrededor de tres meses con Isabel, prestándole los más menudos servicios de abnegación familiar. Las dos primas conversan acerca del destino respectivo de sus hijos: el Precursor y el

36 Luc. 1, 49-55.

Salvador.

Al nacer Juan Bautista, María regresa a Nazareth, iluminada plenamente el alma por la certeza de la salvación.

Su prometido la vuelve a ver con alegría; pero de pronto una angustia inexpresable estrecha su corazón de hombre. Los primeros síntomas de la maternidad aparecen en María, evidentes, ineluctables. Todas las apariencias parecen acusar a su prometida, la más bella, la más pura de las vírgenes nazarenas. Y aunque José no duda de su inocencia, sin embargo ¡qué misterio para su corazón, y qué aplastante! ¿Qué hacer? Su sufrimiento es indecible. Con una sola palabra, María podría esclarecer todo, pero se refugia en el silencio, confiándose a Dios. Un hombre justo no condena jamás a una mujer sin prueba decisiva de su culpabilidad. Quedan dos soluciones: o denunciar a su prometida y difamarla, o emitir secretamente delante de dos testigos un billete de divorcio, y devolverle su libertad. Y, de todas maneras, para estos dos corazones que se aman, es la separación para siempre. José se resuelve a despedirla lo más secretamente posible. Pero entonces, ¿qué le sucederá? ¡Difamación, sin duda alguna, tal vez lapidación...!

Y como se decidía de a poco por esta resolución, un ángel se le aparece en sueños: "José, hijo de Da-

vid, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa. Su concepción es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un Hijo, al cual pondrás el nombre de Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados"[37]. Esta divina revelación aleja todas las incertidumbres de su espíritu, todas las angustias de su corazón. Su prometida es la "*almah*" de Isaías y su maternidad es puramente virginal. El mensaje del ángel es un mandato de paternidad legal sobre Aquel a quien, a título de padre, pondrá él mismo el nombre de Jesús. Con súbita iluminación, José comprende todo: ¡María es Madre del Mesías! "Al despertarse", se levanta gozoso, corre hacia su prometida, y le cuenta su sueño, en tanto que María, exultando en su corazón y cantando una vez más las misericordias divinas, hace a su vez el relato del misterio de la Anunciación del ángel y de la Encarnación del Verbo. ¡Bendito sea Dios! Helos aquí unidos para siempre en una tarea común, al servicio de su Hijo y de la salvación del mundo. Nada más los podrá separar. Entonces, aproximándose el uno al otro, se unen para siempre para consagrarse juntos a Dios, en un amor perennemente virginal.

Vivían tranquilamente en la ciudad de Nazareth cuando apareció un edicto de César Augusto, ordenando el censo del Imperio. A través de los acontecimientos del mundo, Dios prepara una cuna a su

37 Mt. 1, 20.

Hijo, según la profecía de Miqueas: "Y de ti, Belén de Efratá, la más pequeña de las ciudades de Judá, saldrá el Dominador de Israel"[38].

Después de dos o tres días de viaje, la joven pareja llega por fin a Jerusalén. María, fatigada, está a punto de ser madre. En vano intentan alojarse en uno de los albergues de Belén. Son pobres, no hay lugar para ellos. María y José se retiran a una gruta de las cercanías, que sirve a la vez de refugio para los indigentes y de establo para los animales. Poco después, en plena noche, se produce el maravilloso alumbramiento. ¡Un comedero de animales sirve de cuna al Niño Dios! La Virgen Madre lo envuelve en pañales y adora en Él al Hijo del Eterno.

Si el drama del Gólgota transforma nuestra razón, el pesebre nos desconcierta por su simplicidad. ¡Un Dios en un establo, y junto a Él una joven cubriéndolo de adoraciones y de besos!

Todo el misterio de la infancia de Jesús irá, así, desarrollándose a la vez en un cuadro de fragilidad y maravilla, de lo humano y lo divino. Los ángeles del cielo vienen a anunciar el nacimiento del Salvador el mundo, pero ponen como signo "un niño envuelto en pañales". Su Madre recibe con alegría a los ingenuos y sencillos pastores. Escucha con atención todas sus palabras y, al oír relatar con ingenuidad la

38 Miqueas, 5, 1.

visión nocturna y la evocación de la multitud de los ángeles cantando la gloria de Aquel que habita en lo más alto de los cielos, admira la actitud de Dios, que revela a su Hijo primero a los pobres y a los humildes. Mañana, vendrán los sabios y los ricos: María los recibirá con la misma bondad, pues su Hijo vino a salvar a todos los hombres. Por caminos diversos, la luz divina debe conducirlos a todos hasta Él.

El nombre de "*Jesús*" dado por José el día de la circuncisión evoca admirablemente esta misión de Salvador.

En el día marcado para su purificación, María se presenta en el templo de Jerusalén, acompañada de José y llevando al Niño en brazos. Modesto cortejo, pero es el Mesías quien entra por primera vez en su Templo, y conviene que sea saludado por uno de sus profetas. El Espíritu de Dios conduce aquí al anciano Simeón, uno de los justos que esperaban al Consolador de Israel. Le había dado la seguridad de que no moriría sin haber visto al Cristo, el Ungido del Señor. Viene, pues, al Templo, al tiempo que se presentan en él María y José sin nada que, exteriormente, pueda distinguirlos de cualquier otro grupo pobre de los que vienen a cumplir los ritos de observancia legales. Acabada la ceremonia, el anciano toma al Niño de los brazos de su Madre y lo alza, diciendo: "Ahora, Señor, puede morir tu servidor,

pues mis ojos han visto tu Salvación"[39].

Y después, sobrepasando las perspectivas personales, anuncia lo que será la venida de este Niño para Israel e incluso para todos los pueblos. María y José, maravillados, divisan con nuevas luces el futuro de este Hijo, "gloria de Israel y luz de las naciones". Ciertamente, harán falta siglos y siglos antes de que su Presencia iluminadora llegue hasta las extremidades de la tierra; pero llegará un día en que será verdaderamente "la Luz del mundo".

El Niño parece dormido. Entonces, volviéndose hacia su Madre, el profeta agrega: "Será un signo de contradicción. Y en cuanto a Ti, a causa de Él una espada de dolor traspasará tu corazón"[40]. La sombra del Calvario se acerca a quien estará asociada a la Pasión de su Hijo. Un mismo destino trágico entrega a la Madre y al Hijo a una misma oblación redentora.

Jesús entra en todos lados con su Cruz. La infancia del Salvador será para María una subida insensible pero fatal hacia el Gólgota. Belén y la masacre de los inocentes, la huida apresurada a Egipto y el precipitado retorno a Nazareth, marcan las nuevas etapas de la existencia del Redentor y de la Corredentora del mundo.

Lo que es importante notar en esta sucesión de

39 Lc. 2, 29-30.
40 Lc. 2, 35.

misterios, es no tanto el detalle anecdótico, sino el sentido profundo de esta dramática aventura de un Dios entre los hombres, y la íntima conexión de destino entre la Madre y el Hijo.

La esposa del carpintero

Nada es más sencillo que la vida de la Sagrada Familia en Nazareth.

Para los habitantes de esta graciosa población de Galilea, María es "la esposa del carpintero". Está toda entregada a su hogar, como las otras mujeres de su comarca. La Virgen va, como ellas, a la fuente, a la sinagoga, y en busca de las provisiones necesarias. En la simplicidad de su vida, pasa desapercibida. José gana el pan cotidiano por su labor de artesano. Su hijo, Jesús, crece bajo su mirada, semejante a los hijos de los hombres. Nadie sospecha la grandeza divina del Hijo de María. Mezclado con los otros niños del pueblo, Jesús aumenta en edad y en sabiduría, pero sin deslumbrar, gracioso, inteligente, con un candor de alma que encanta a los vecinos y familiares de la casa de José. Hogar modelo, en el cual la existencia se desenvuelve en el cuadro humano de un modesto taller.

Aquí se esconden el Dios del universo, la Madre del Verbo y el "justo" José[41], cuya santidad sobre-

41 Mt. I, 19.

pasa la de todos los ángeles y santos[42]. Las grandes obras de Dios se preparan siempre en el silencio y la obscuridad.

No satisfechos con el laconismo del Evangelio, los apócrifos acumularon sobre la infancia del Salvador rasgos legendarios y de ciencia ficción. Cuánto más fulgurante, como un relámpago, se nos muestra, en su brevedad, la simple frase de Jesús: "¿No sabéis que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?"[43]. Esta única frase, en medio de treinta años de silencio, revela de un solo golpe todo el misterio de Cristo: su Personalidad divina y la actitud habitual de su alma de Hijo. ¡A qué abismos de luz, escuchando estas palabras y otras semejantes, debía ser transportada el alma contemplativa de Nuestra Señora, que "meditaba todas estas cosas en su corazón!"[44].

---

42 La trascendencia de la santidad de San José sobre la totalidad de los ángeles y santos se desprende de su triple misión, la más alta después de la Maternidad Divina: 1° su papel de Cabeza de la Sagrada Familia y, por extensión, su patrocinio sobre la Iglesia de Cristo; 2°, su título de Esposo de la Madre de Dios; 3°, en fin, y por encima de todos, su mandato de Paternidad sobre el Verbo Encarnado, principio supremo de su supereminente grandeza: *"ut Unigenitum tuum... paterna vice custodiret"*.("Para que custodie a tu Unigénito, haciendo las veces de padre", Prefacio de San José.) Cf. la encíclica de León XIII *"Quamquam pluries"*, 15 de agosto de 1889.

43 Lc. 2, 49.

44 Lc. 2, 51.

En el silencio de Nazareth, Nuestro Señor formaba el alma de la Corredentora del mundo.

Las bodas de Caná

Tal vez no hay en el Evangelio otra escena más reveladora del poder soberano de la Santísima Virgen sobre el Corazón de su Hijo que la de las bodas de Caná. En ninguna parte como en este episodio familiar se manifiesta el verdadero rostro de esta Madre de Dios que vive entre los hombres como una mujer de nuestra tierra.

La Madre de Jesús no es una mística de ojos cerrados, olvidada de las contingencias de la tierra, toda perdida en Dios. Es una mujer vigilante, atenta a las menores necesidades materiales de los que la rodean. Observa, y comprueba una dificultad doméstica. Con delicadeza exquisita, y con un avisado sentido de la situación, se vuelve hacia su Hijo. Él es el único que puede salvarlo todo. "No tienen más vino". ¡Pobres gentes! No habían previsto la súbita llegada de Natanael, acompañado de Jesús y de sus discípulos. Pero, ¿correspondía a unos invitados intervenir? "Mujer, ¿qué nos va a Ti y a Mí en esto? Aún no ha llegado mi hora". En apariencia, es un rechazo. ¿Pero puede Jesús negar algo a su Madre? Ella lo sabe. En la respuesta de Jesús, a quien tan bien conocía, comprende por su mirada, por su gesto, que

puede usar de su ternura y de su poder irresistible de Madre. "Haced todo lo que Él os diga", murmura a los servidores; y Nuestro Señor les dice: "llenad esas tinajas de agua". Las llenan hasta el borde, y Jesús cambia el agua en vino. "Este fue el primer milagro de Jesús. Así manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él"[45]. San Juan, uno de los testigos, –y quien nos cuenta el suceso– destaca la gran importancia de la presencia de María: "la Madre de Jesús estaba allí". Como símbolo del lugar único que debe ocupar María en su Iglesia, el Fundador del cristianismo, en presencia del grupo apostólico, primicia de la comunidad cristiana, quiere manifestar a sus discípulos recientemente reclutados su divino poder de taumaturgo gracias a la oración de su Madre.

Jesús es el único Salvador: junto con Él, su Madre es la "omnipotencia de intercesión" que todo lo alcanza.

45 Jn, 2, 1-12.

IV. EL RESCATE DE UNA MATERNIDAD

El Calvario de una madre

La vida de Nuestra Señora, como la de Nuestro Señor, fue una larga expiación redentora.

A partir del "Fiat" de la Encarnación y de la venida del Redentor a su vientre, una misma comunidad de destino asocia a la Madre y al Hijo. Una intimidad de todo instante, cada vez más profunda, los une en un mismo pensamiento y querer, en la comunión de los mismos sufrimientos y alegrías, en la perspectiva de una misma obra redentora. Juntos, "por sus méritos respectivos"[46], salvaron al universo.

Con razón pone en relieve la mariología moderna el principio de asociación, que une con lazo indisoluble al Redentor y a la Corredentora, en la línea de dos fases distintas y complementarias de la economía de la salvación: la *adquisición* y la *distribución* de todas las gracias. Esta idea matriz, dominante,

46 Oración de la misa privilegiada del Rosario según el rito dominico: *"amborum meritis"*.

ilumina desde la cumbre los menores actos de su vida. Desde toda la eternidad, Dios asoció al nuevo Adán y a la nueva Eva: a Nuestro Señor Jesucristo como Cabeza del Cuerpo Místico, que obra en nosotros según los libres designios de la Personalidad de un Dios; y a la Santísima Virgen María, de manera totalmente subordinada, pero no menos universal sobre el plan de nuestra salvación, como Madre de Dios y de los hombres.

El drama de nuestra redención

Desde la partida de Jesús, su Madre lo seguía por doquier con el pensamiento, deslizándose entre las gentes de Galilea que admiraban al joven rabí "poderoso en obras y en palabras"[47], que realizaba a placer los milagros más deslumbrantes. Observaba a los pobres y a los humildes que rodeaban de veneración al Maestro, mientras que los fariseos y los doctores de la ley se complotaban contra Él. Día a día, sentía crecer el odio de sus enemigos. Entonces la meditación de la profecía de Isaías sobre el Mesías sufriente hacía estremecerse su Corazón de Madre. Ella sabía que su Hijo sería llevado a la muerte como una oveja que es conducida al matadero, y que moriría como "varón de dolores"[48] entre criminales,

47 Lc. 2, 19.

48 Isaías 53, 3. (*"Virum dolorum."*)

llevando sobre sí el peso de todos los pecados del mundo. Los tres años de la vida pública del Salvador, y los últimos días de su Pasión, sobre todo, hallaron a Nuestra Señora cada vez más identificada con el Alma de su Hijo.

Al llegar la hora de la salvación, estaba lista para unirse a la oblación suprema de Jesucristo sobre la Cruz. ¿No debían rescatar y salvar todo juntamente? El Gólgota fue a la vez el punto culmen de la Pasión redentora de Jesús, y de la Compasión corredentora de María. Su mérito podrá todavía crecer después de la Resurrección de su Hijo, su poder de intercesión podrá extenderse todavía más lejos en sus últimos actos de amor al servicio de la Iglesia naciente y militante; pero jamás podrá la Madre de Jesucristo realizar un acto más sublime que en el momento de consentir en la inmolación de su Hijo sobre la Cruz. Este acto único ocupa, en su misión de Mediadora universal, el mismo puesto central que en la mediación de Nuestro Señor Jesucristo. La suerte del mundo se decidió sobre el Gólgota; cada una de nuestras vidas personales depende de este acto salvador.

El mejor método para comprender esta Compasión corredentora de Nuestra Señora, consiste en compararla con la Pasión redentora de Nuestro Señor. En Él, es la acción de un Jefe que salva a su pueblo por el sacrificio de su propia vida; en Ella, es el consenti-

miento de una Madre a la muerte heroica de su Hijo, para la salvación de sus hermanos. Jesucristo sufre en su carne, la Virgen en su corazón. El Sacrificio de Jesús es sacerdotal; el Calvario de María, maternal.

La expiación de una Madre

La primera tarea que se imponía a Cristo y a su Madre era la expiación de todos los pecados de mundo. La preocupación por dar gloria al Padre mediante la reparación de la falta original y de todas nuestras caídas personales, ocupaba un lugar primordial en la psicología del Redentor y la Corredentora. Para estimar toda su importancia, sería necesario poder sondear la malicia infinita del menor pecado mortal. Una cosa que cometemos demasiado fácilmente, con una sonrisa, ¡pero que ha costado la Sangre de un Dios!

Nuestro Señor veía el pecado en la mismísima luz de Dios. El espectáculo de todas las faltas del hombre le causaba, día y noche, una tristeza de alma indecible; tristeza que se manifiesta de manera trágica en Getsemaní, por el sudor de sangre; tristeza que hubiera alcanzado por sí sola para hacerlo morir de dolor. La visión de su Padre ofendido fue su tormento continuo, y el expiar la masa de los pecados el motivo determinante de su Encarnación. A fin de reparar estos ultrajes contra la majestad de Dios, en un

movimiento de dilección infinita, el Hijo se ofreció en nuestro lugar: "Padre, no has querido sacrificios ni holocaustos. Entonces dije: "he aquí que vengo, oh Dios, para cumplir tu voluntad".[49]

Toda la malicia del pecado debe examinarse bajo la luz de la Cruz. La justicia exigía el castigo del culpable y la expiación de un Dios. Jesucristo se entregó con todo su ser a esta obra de expiación. Se comprometió en ella con su Personalidad divina, con su gracia capital y la inmensidad de sus sufrimientos redentores. El valor infinito de las menores acciones de este Dios Encarnado le permite ofrecer a la Trinidad una compensación no sólo equivalente, sino infinitamente superior a todos los pecados del universo. Dios Padre encuentra más gloria en un solo acto de su Hijo Encarnado, que ofensa en todas las faltas de los hombres y de los ángeles rebeldes. Jesús ofreció, en nuestro lugar, la vida de un Dios. La Cabeza pagó por todos los miembros. La unidad indivisible de su Cuerpo Místico pone a nuestra disposición, como si fueran nuestros, todos los actos de Jesucristo con su valor de expiación, de mérito, de suplicación, de adoración y de alabanza. Este misterio de unidad nos permite presentarnos ante la Faz del Padre con el rostro mismo de su Hijo. Somos uno con Nuestro Señor en virtud de la misteriosa

49 Hebr. 10, 6-7.

substitución que nos identifica con Él en el plan de la Redención. Él expió por la culpa y satisfizo por la pena en nuestro nombre. Por la fe y el amor, por la práctica de los Sacramentos, cada uno de nosotros puede apropiarse de los méritos de Jesucristo. Su expiación sobrepasa infinitamente la suma de todos los pecados del mundo. He aquí por qué no importa cuál sea el pecador: puede acercarse con confianza al trono de la misericordia de Dios. Todo está perdonado.

La acción corredentora de María sobre todo el Cuerpo Místico reviste un carácter diferente. Expiación, mérito, ofrenda del sacrificio, rescate, todo en ella es esencialmente materno. Guardémonos de considerarla una réplica de Cristo. No es un Jesucristo de sexo femenino, sino una Madre, una mujer asociada al Redentor, la nueva Eva unida al nuevo Adán. Toda su actividad de mujer pertenece a un orden específicamente diferente. María no trabaja al lado de Jesús en la Redención en plan de igualdad y en una misma línea, sino por un título nuevo, complementario, subordinado, y enteramente maternal. En este orden, nuestra Madre se empleó a fondo en el servicio de todos sus hijos, por el inconmensurable valor de expiación, de mérito y de intercesión de una Corredentora del mundo.

Para salvar a sus hijos espirituales de sus faltas y de las consecuencias del pecado, lo sacrificó todo,

al comprometer en la obra universal de la salvación: su Maternidad Divina, con todos sus privilegios; su incomparable plenitud de gracia; su mérito ilimitado; y todo el poder de expiación e intercesión de un corazón de madre. Su lugar especial sobre el Cuerpo Místico le daba derecho especial a ser escuchada, no en estricta justicia, sino por benevolencia e incluso por una cierta equidad de parte de Dios.

Cuanto más puro es un ser, más capaz es de expiar. Ahora bien, la Santísima Virgen añadía a su obra de expiación el privilegio de ser Inmaculada, que le hacía perceptibles y extremadamente dolorosas las menores ofensas a Dios. Su corazón virginal y maternal debía expiar la suma de todas las torpezas humanas, de los crímenes, las cobardías, las impurezas, las caídas de toda suerte, todas las faltas morales de una humanidad frenéticamente pecadora; desde la noche de la primera falta, hasta la revolución del Anticristo. La Inmaculada ha visto todo esto, y por todo ha expiado.

La Santísima Trinidad hallaba también, en la plenitud de gracia de la Virgen fiel, y en la pureza de sus actos de amor, una complacencia tal que olvidaba, por así decir, toda la ingratitud de los hombres; porque esta plenitud de gracia revestía un carácter materno sobre cada uno de nosotros, y le daba a Nuestra Señora el poder de expiar por todos sus hijos culpa-

bles. Como una Madre heroica, Nuestra Señora se entrega a la justicia divina para reparar las caídas de sus hijos. ¡Tan a menudo el Calvario de una madre es una substitución de misericordia y de amor, para evitar a los hijos las consecuencias de sus locuras!

Pero, por encima de todo, su título de Madre de Dios hacía que la Virgen sintiera con agudeza extrema toda la gravedad de la ingratitud de los hombres y las menores faltas de delicadeza de las almas hacia un Dios tan bueno. Mediadora entre Dios y todos sus hijos, en su Corazón de Madre de Dios y de los hombres repercutían dolorosamente todas nuestras faltas, todas nuestras rebeliones. Su posición única de Madre de Dios comunicaba al menor de sus actos un valor reparador incomparablemente superior al de todos los sacrificios y todas las penitencias de la Iglesia Militante a lo largo de los siglos. La menor acción de María causaba a la Trinidad más alegría que todo lo que las acciones de los hombres le ocasionaban de disgusto.

Al pie de la Cruz, en un gesto supremo de amor por nosotros, Nuestra Señora ofreció a Dios Padre a su Hijo Único por sus otros hijos, uniendo a los méritos de Jesucristo sus propios méritos de Madre del Redentor. Obtuvo así, por su expiación corredentora, el perdón de todos los crímenes de la humanidad, la remisión de las penas debidas a todos los pecados

cometidos desde el comienzo hasta el fin del mundo. Su sacrificio de Madre, unido al de Jesús, ha expiado todo, todo lo ha borrado. He aquí porqué ningún pecador, aunque haya cometido los crímenes más enormes, debe dudar de la omnipotente y misericordiosa intercesión de María, a quien la Iglesia invoca con confianza como la Abogada de las causas desesperadas y el Refugio de los pecadores.

Los méritos de una Madre

Apartar de los hombres el castigo del pecado no bastaba para nuestra bienaventuranza; el Salvador tenía, también, que alcanzarnos el cielo. La expiación recae sobre la culpa, la satisfacción sobre la pena, y el mérito sobre un bien positivo: es un derecho a la recompensa eterna, a las alegrías del Paraíso.

Solo Nuestro Señor Jesucristo podía merecernos esta felicidad divina. Despliega toda su actividad de Hijo único del Padre para darnos la gracia de adopción, germen de la gloria eterna de los hijos de Dios, de los que están llamados a vivir "en Él", consumados en la unidad de la Trinidad. Las sombrías perspectivas del pecado, que sumían su alma de Redentor en continua tristeza, estaban, no obstante, dominadas por el pensamiento de la inmensa felicidad reservada a todos los redimidos. "Padre, quiero que allí donde Yo esté, estén ellos también conmigo en

la gloria"[50].

Jesucristo logró nuestra salvación como Cabeza del Cuerpo Místico. Obró en nuestro nombre y nos adquirió el cielo, al merecer para cada uno de nosotros todas las gracias, todos los socorros necesarios para elevarnos a la más alta santidad. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, incluso en los tiempos del Anticristo, habrá siempre en la Sangre de Jesús una fuerza divinizante, capaz de levantar las almas hasta Dios, y de transformar a los seres más culpables en grandes santos. En la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo se esconde una fuente inagotable de santidad.

La Madre de Dios y de los hombres, "de pie" bajo la Cruz y unida a su Hijo, obtiene también, a su manera, la divinización de todos sus hijos. Nos quiere "conformes" a su Hijo, el "Hijo Único del Padre", santos con su misma santidad, partícipes eternamente de la misma gloria, del mismo esplendor. Una madre vigila no solamente para ahuyentar de sus hijos todo mal, sino sobre todo para realizar su verdadera felicidad. Bajo las luminosas inspiraciones de su fe, María vislumbraba todas las maravillas de gracia y de gloria que serían la recompensa de sus hijos, si se mantenían fieles a Dios. Con toda la fuerza de su corazón, suplicaba a Dios que la ayudara a cumplir

50 Jn. 17, 24.

la inmensa tarea de ser su Madre. La Inmaculada había ya acumulado ingentes riquezas espirituales al servicio del Cuerpo Místico de Cristo y de todos los hombres. Los méritos de sus plegarias y de su vida habían ya alcanzado la venida del Mesías sobre la tierra. Desde que por el "Fiat" de la Encarnación, tenía el cargo oficial de toda la humanidad, no vivía más que por la salud de todos sus hijos, dedicando todos sus gestos de Madre a inclinarse sobre este Cristo total, del que descubría, incomparablemente mejor que nosotros, la indivisible unidad. Esta unidad la hallaba al sentir cómo, en su corazón de Madre, reunía en la extensión de un mismo amor a Jesús y a la multitud de sus hermanos.

Su dignidad de Madre de Dios, su plenitud de gracia, daban fruto para nosotros. En cada uno de sus actos, de alcance universal, se jugaba el destino de la humanidad. Ninguna persona, después de Jesús, ha estado ligada a nuestra propia suerte eterna y a las gracias más íntimas de nuestras vidas al modo como lo estuvo Nuestra Madre María, más Madre que nuestras madres según la carne, pues nos comunica, no una existencia efímera y culpable, sino una vida divina, una vida de eternidad. Toda madre es generadora de vida; pero esta Madre, en el orden de la gracia, nos ha traído la Vida misma de Dios.

No podemos sospechar hasta qué punto los meno-

res actos de la Madre de Dios tenían sobre nosotros un sentido materno, así como el niñito no puede comprender hasta qué punto su madre no vive más que por él. Del "Fiat" de la Encarnación al Calvario, y más allá, – pues Ella es siempre nuestra Madre–, no vivió más que por nosotros, mirándonos en su Hijo. Dios había asociado a los dos para la obra de nuestra salvación. Ambos a una, cada cual en su lugar, nos han merecido el cielo, y todas las gracias que nos encaminan a él: gracia del Bautismo y de todos los Sacramentos; gracia de la pureza conservada o recuperada; gracia de conversión y de progreso espiritual; gracia de unión; gracia de todas las inspiraciones que nos han elevado hacia Dios; gracia del sacerdocio o de la vida religiosa; en fin, gracias de todo tipo, que encaminan cada una de nuestras vidas hacia los esplendores eternos de la ciudad de Dios.

Todos los santos son moldeados en María. Pues Ella tiene una gracia de Madre, para formar en cada uno de sus hijos la imagen de su Hijo Único. A las almas que se confían a la dirección de María, les son permitidas todas las esperanzas de santidad.

El sacrificio de una madre

La preocupación de la gloria del Padre dominaba todo en el alma del Hijo, incluso al vehementísimo deseo de nuestra Redención. Porque si la salvación

del mundo fue el motivo determinante de su Encarnación, la razón suprema, en las intenciones divinas, y en su Alma de Cristo, no podía ser otra que la gloria de Dios. Los dos aspectos, por otro lado, se concilian maravillosamente: Dios encuentra su gloria en nuestra redención. Su primer movimiento, al entrar a este mundo, fue el de ofrecerse en nuestro lugar, en un impulso de caridad redentora y glorificante. Su "*Ecce venio*"[51] nos descubre el sentimiento más profundo de su Alma: el Hijo de Dios estaba, siempre, orientado hacia su Padre. En la noche de la Pasión, la resolución de glorificar a su Padre será la que dictará la señal de partida: "a fin de que sepáis que amo al Padre, salgamos de aquí"[52]. En su pensamiento, la salvación del mundo coincidía con la suprema glorificación de Dios. Nuestro Señor realiza esta misión sublime como Sacerdote y como Hostia.

Su actividad sacerdotal animaba todas las modalidades concretas del misterio de la Cruz. El Jesucristo del Gólgota es antes que nada un Jesucristo Sacerdote ofreciendo a Dios el único sacrificio de la humanidad. Jesús realizó su obra redentora a título de Soberano Sacerdote y bajo un modo propiamente sacerdotal. Todo en Él: expiación, mérito, oración, poder de santificación de las almas, revistió de he-

51 "He aquí que vengo" (Hebr. 10, 6-7.)
52 Jn. 14, 31.

cho un carácter específicamente sacerdotal, que fluye de la ofrenda sacrificial del Crucificado.

El Sacrificio redentor fue al mismo tiempo el acto inaugural del nuevo culto cristiano. Para descubrir los verdaderos sentimientos del Crucificado del Gólgota, Sacerdote y Hostia, hay que penetrar en el alma sacerdotal de Nuestro Señor Jesucristo. De allí sube a los cielos, en un solo acto teándrico[53], al mismo tiempo que la expiación redentora, la adoración, la acción de gracias y la súplica; lo que proporciona una gloria infinita a las Tres Personas divinas. Se esconde tal riqueza religiosa en el alma del Crucificado del Calvario, que la Iglesia militante, hasta el fin de los siglos, no tendrá otra función en la presencia de Dios Padre que la de perpetuar, en substancia, los efectos infinitos del Sacrificio Salvador. Todo el movimiento religioso del universo, desde el comienzo del mundo hasta el fin de los tiempos, encuentra su centro de convergencia y de expresión en este acto único del Alma sacerdotal de Cristo, Mediador entre los hombres y Dios.

"De pie" bajo la Cruz, María unía su ofrenda de Madre a la oblación del Sacerdote Eterno. No es que hubiera en Ella algo sacerdotal; sino que ofrecía, en su corazón de mujer, el sacrificio supremo de una

53 "Teándrico": relativo al Verbo Encarnado, Nuestro Señor Jesucristo. (*Theos*: Dios, Ánthropos: hombre) [N. del T.]

madre: la ofrenda de su propio hijo. Sacrifica todos sus derechos maternos a la gloria de Dios. En grado único, comprende que la inmolación voluntaria del Verbo Encarnado expresa a Dios la sola alabanza de gloria digna de su grandeza. Entonces, sobrepasando su propio dolor, la Virgen adoradora, Madre del Sacerdote Eterno, deja a su alma perderse en los sentimientos de adoración, de oración, de acción de gracias, que se elevan hacia Dios desde el alma de su Hijo. Con más luz aún que en los primeros días de la Encarnación, unida a Cristo, adora, agradece, ruega, y expía.

La Iglesia, consciente del papel único de la Madre de Jesús al pie de la Cruz, no celebra jamás el Memorial de la Pasión del Señor sin invocar en su Sacrificio Eucarístico, "en primer lugar"[54], a Aquella que estaba "de pie" al pie de la Cruz, uniendo su ofrenda de Madre a la oblación del Alma sacerdotal de su Hijo.

El rescate de una madre

Como estamos instalados por los hábitos de nuestra fe en los cuadros, clásicos para nosotros, del universo de la Redención, no comprendemos con suficiente profundidad la inmensa liberación que el paso de Jesús brindó a nuestras almas. Sin Él, éramos esclavos

54 Ordinario de la Misa, *"Communicantes... in primis"*.

del pecado, del infierno, del demonio; pero nos libró de un solo golpe. Los que, en el transcurso de una guerra, han sentido sobre sus hombros todo el peso de una ocupación enemiga, pueden comprender mejor el precio de esta libertad interior y de esta alegría de amar a Dios a título de hijos de adopción, de no ser más esclavos de Satanás. Jesucristo, nuestra Cabeza, nos devolvió la suprema libertad de hijos de Dios, que nos hace vivir, no ya en los remordimientos del pecado y bajo el terror de castigo, sino con el alma desprendida del mal y de todo temor servil; con el corazón orientado filialmente hacia Dios para vivir, como el Hijo, en la intimidad del Padre. Todos los miembros de su Cuerpo Místico comparten, con su Salvador, la alegría liberadora de pertenecer a Dios con todo el impulso de un corazón filial.

María tuvo gran parte en esta liberación de nuestras almas. Solo Jesucristo pagó el precio de nuestro rescate por el don voluntario de su propia Sangre de Verbo Encarnado; pero esta Sangre redentora le había sido suministrada por su Madre; y con Ella, de común acuerdo, ambos consintieron en un mismo sacrificio. Nuestro Señor en su Persona, Nuestra Señora en su Corazón de Madre. Ella misma deseaba en tal manera la gloria de Dios por la expiación del pecado y el rescate de nuestras almas, que hubiera inmolado a su propio Hijo, si Dios lo hubiera queri-

do; pues, en unión con Jesús, María expió todo; todo mereció, rescató y salvó.

La Corredentora del mundo

Ser la Corredentora del mundo: tal es la acción prodigiosa de la Madre de Jesucristo en el plan de nuestra Redención.

Asociada al Cristo Redentor en toda la gloria de nuestra salvación, luchó con Él por la destrucción del mal en el mundo, y por restituir a todos los hombres su amistad con Dios. Así ganó el paraíso para todos sus hijos.

Cristo Jesús es el único Redentor, a título de Cabeza espiritual de la raza humana salvada por su sacrificio sobre la Cruz. Él es el único Mediador entre Dios y los hombres, como Sacerdote santificador. Su expiación, sus méritos, sus sentimientos de adoración, de alabanza y de oración, todo en Él reviste un modo sacrificial y sacerdotal.

En María, todo es maternal: sus sufrimientos corredentores, la inmensidad de su mérito, su omnipotencia de intercesión, su gesto de ofrenda al pie de la Cruz.

El Verbo Encarnado obtuvo nuestro rescate en estricta justicia: el menor de sus actos teándricos posee un valor infinito a causa de su Personalidad divina. La Virgen Santísima nos adquirió a su vez la

salvación, pero no en igualdad con Jesucristo, sino como una madre merece muy convenientemente la salvación de sus hijos.[55] Ella misma recibió todo de Jesucristo: su redención personal y su poder de Corredentora. Es verdaderamente la primera de las redimidas por Cristo, de una manera más sublime y profunda que las otras, a doble título: de Inmaculada y de Corredentora. Estas dos joyas, María las debe a su Hijo. Queda pues, en su propia acción salvadora, totalmente dependiente de Nuestro Señor Jesucristo, enteramente subordinada a la acción principal de su Hijo, pero indisociablemente unida a toda su obra de Redención. Lejos de sustraerla a la economía de la salvación, su oficio de Corredentora es el efecto primordial y la obra maestra de la Redención de Jesucristo.

Para penetrar este misterio en toda su profundidad, hay que introducirse sin reservas en el plan de la predestinación del mundo. El hombre y la mujer fueron asociados por Dios en vistas de una misma obra de restauración, después de haber sido, el uno y el otro,

55 Es conocido el axioma marial, tradicional, recordado por San Pío X: (*Ad diem illud*, 2 febrero de 1904): *"Quae Christo de condigno, Maria de congruo"*. (Lo que Cristo tiene por justicia, María lo tiene por conveniencia.) Los teólogos modernos extienden este modo de "conveniencia" al valor satisfactorio y corredentor de la actividad salvadora de la Madre de Cristo en nuestro favor.

los agentes de una misma ruina universal. El hombre ha sido rescatado en Cristo, y la Virgen María ha contribuido junto con Él a esta obra de rescate, a título de Asociada y de Madre, según su vocación de mujer. Él, sufrirá en su carne, y Ella, en su corazón; pues una madre sufre más con los sufrimientos de su hijo que con su propio dolor. Esta será su manera propia de contribuir a la Redención del mundo. El Verbo Encarnado, Sacerdote y Hostia, ofrecerá a su Padre el único Sacrificio redentor; la Virgen María le estará unida como una Madre que consiente en la muerte heroica y sublime de su Hijo. En Él, todo es sacerdotal; en Ella, todo es maternal. Son, cada uno en su lugar, los dos agentes inseparables de nuestra salvación.

Nuestra Señora está, entre todas las mujeres presentes en el Calvario, asociada al Crucificado por un título único. Las otras no hacen más que beneficiarse de su Redención. La Virgen, al contrario, no solamente obtiene, como los demás santos, la aplicación de las gracias adquiridas por Nuestro Señor sobre la Cruz, sino que, con Él y en Él, concurre a la adquisición de todas las gracias de salvación. Su consentimiento de Madre recae sobre el acto mismo de nuestra Redención. Y esto es lo que confiere al mérito agregado a su consentimiento el poder *concurrir* a nuestra Redención, aunque a título secundario y de

simple conveniencia; y lo constituye, por lo tanto, en mérito corredentor.

Ciertamente, Nuestro Señor murió también por Ella, e incluso antes que nada por Ella; pero con el fin de obtenerle, al mismo tiempo que su privilegio de Inmaculada, un título incomparablemente más hermoso: el de Corredentora del mundo. El Verbo Redentor ofreció su vida en primer lugar en rescate de su Madre, y para merecerle el convertirse, a su tiempo y con Él, la Corredentora de todos los otros redimidos. Lejos de escapar del orden de la Redención, la Santísima Virgen ocupa un lugar aparte, pues todo el resto de la obra depende de su acción corredentora, cuya eficacia proviene de la Sangre de su Hijo.

Tal es el verdadero rostro de la Redención del mundo, que la Iglesia de hoy comienza a descubrir en toda su amplitud. Estas nuevas perspectivas hacen aparecer en relieve una de las verdades más fundamentales del cristianismo, que había permanecido, hasta hoy, en la sombra: el papel activo y universal de la Virgen María en la obra de la salvación.

En los siglos futuros, esta prerrogativa resplandecerá en la Santísima Virgen como la más preciosa joya de su corona, después de la incomparable grandeza de su Maternidad Divina. Y todos los elegidos,

en el cielo, saludarán en Jesucristo al único Salvador de los hombres; y, en Nuestra Señora, a Aquella que le fue asociada a título de Corredentora del mundo[56].

56 Ver Nota teológica IX. PARTICIPACIÓN DE MARÍA EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN.

V. LA QUE VELA SOBRE LA IGLESIA

La omnipotencia suplicante

En la noche del Gólgota, la Fe de la Iglesia velaba en el alma de María. Con las santas mujeres, recibió en sus brazos el cadáver de su Hijo ajusticiado: todo parecía irremediablemente perdido. Sin embargo, la Iglesia nunca elevó a Dios un acto de más indefectible esperanza. La Madre de Dios sabía que la Redención había sido consumada, y esperaba en paz.

En la mañana de la Pascua, Jesús salía vivo del sepulcro. La primera aparición del Resucitado no podía ser más que para su Madre. Ninguna palabra humana podrá expresar jamás cómo fue el reencuentro. Vale más refugiarse en el silencio junto con el Evangelio, sin dudar del maravilloso encuentro de la Madre y el Hijo. Su Calvario de Madre quedó allí olvidado para siempre.

Durante cuarenta días volvió a ver a Jesús, vencedor de la muerte y deslumbrante de gloria, hablando a sus discípulos del "Reino de Dios" inminente. Todavía demasiado preocupados de las grandezas te-

rrenas, los discípulos preguntaban al Maestro: "Señor, ¿ya es llegado el tiempo en que restablecerás el Reino de Israel?" Jesús los llevaba, entonces, hacia horizontes más espirituales y vastos que el mundo. "No toca a vosotros conocer el tiempo y la hora que ha fijado el Padre para desplegar su poder. Vosotros, preparaos a recibir de lo alto la fuerza del Espíritu, pues seréis mis discípulos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaría, y hasta los extremos de la tierra"[57].

Y después, ante su presencia se elevó a los cielos. Su último gesto hacia ellos fue de bendición; pronto una nube lo arrancó de su vista. Y como todavía miraban hacia donde había desaparecido el Maestro, he aquí que se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, diciendo: "Hombres de Galilea, ¿por qué os quedáis así, con los ojos fijos en el cielo? Esté Jesús que se elevó de entre vosotros a los cielos, un día volverá a venir, de la misma manera que lo habéis visto subir".[58]

Volvieron pues a Jerusalén, al Cenáculo, con el corazón lleno de gran alegría. Estaban allí: Pedro, Santiago, Juan y Andrés, Felipe, Tomás, y los otros discípulos del Señor. Todos "unidos perseveraban en

57 Hch., 1, 6-8.
58 Hch., 1, 9-11.

la oración, alrededor de María, Madre de Jesús"[59].

En la cuna de la Iglesia naciente

Espontáneamente, después de la partida de su Maestro, apóstoles y discípulos se reunieron alrededor de María. La Madre de Jesús estaba en medio de ellos, inclinada sobre la cuna de la Iglesia naciente con la ternura de una madre. Su oración mediadora y omnipotente imploraba de su Hijo la venida de Aquel Espíritu de Dios que había de cambiar estos corazones de hombres y la misma faz de la tierra.

María está ahí en la mañana de Pentecostés, en la hora del descenso del Espíritu de su Hijo sobre los apóstoles. Pero antes de inundar el alma de los apóstoles, el Espíritu se derrama primero sobre Ella, con plenitud incomparable. La presencia de María en medio de la Iglesia que comienza a nacer es reveladora: la Santísima Virgen es siempre el camino de descenso del Espíritu Santo a las almas.

Los apóstoles veneraban en Ella a la Madre de Jesús. Le hacían preguntas, a las que respondía como Madre buenísima. Testigo privilegiado de Jesús, de su Filiación divina, de su Concepción virginal y de su Nacimiento maravilloso, de su infancia, de su vida de intimidad con el Padre, iluminaba las almas de los apóstoles sobre estas cosas, que meditaba

59 Hch., 1, 14.

siempre en su corazón. Mezclada al grupo de los primeros cristianos, María participaba como ellos en el Sacrificio Eucarístico, la Fracción del pan, y la Comunión del Cuerpo y la Sangre de su Hijo. Si la Iglesia primitiva demuestra tal ardor en el servicio de Jesucristo, lo debe, no lo dudemos, a la presencia y oración todopoderosa de María. Nunca encontrará la Iglesia, en la ofrenda del Pan Eucarístico, un fervor de adoración y súplica igual al de la Iglesia primitiva, cuando los testigos del Gólgota asistían, de nuevo, al mismo Sacrificio, congregados en oración unánime en torno de la Madre de Jesús. Y mientras los apóstoles marchaban a la acción, consagrados a la lucha por el Reino de Cristo, María rezaba. Su mirada acompañaba los primeros pasos de la Iglesia en medio de las naciones.

Pero cada vez más vivía su alma en una atmósfera de eternidad, irresistiblemente arrastrada hacia su Hijo. La Madre de Dios llegaba al dulce ocaso de su vida. Su fe luminosa y serena, penetrada ya por entero de las claridades supremas previas a la visión, le descubría en todas las cosas la Presencia divina. Sin una asistencia continua de Dios, su alma, unida a un cuerpo mortal, no hubiera podido soportar los ardores de tal vida de amor. La Iglesia se beneficiaba al máximo de la fecundidad sin límite de la existencia terrena de la Madre del Verbo, que había alcanzado

el más alto grado de unión transformante que puede alcanzar una criatura en la tierra sin morir. Las llamas vivas que se escapaban de su Corazón sostenían a la Iglesia en sus combates cotidianos. La Madre de Jesucristo terminaba de acumular para la Iglesia un capital de méritos del cual podría alimentarse a lo largo de todos los siglos de su historia militante. Pero vino el día en que, en un impulso supremo de amor, la Madre se reunió con su Hijo para siempre. Entre María y Jesús era, en adelante, "la consumación en la Unidad"[60]. Su propio Hijo, hecho su Pensamiento eterno, colmaba a la Madre de felicidad sin fin.

Pronto el cuerpo virginal de la Madre de Dios se reunió nuevamente con su alma, con el mismo resplandor de gloria de su Hijo. Y los ángeles y santos, maravillados, pudieron contemplar los rasgos de Jesús en el rostro de su Madre.

La omnipotencia suplicante

La actividad eterna de la Madre de Cristo se modela sobre la de su Hijo.

Para ellos ya pasó la hora de la expiación y el mérito; y sin embargo Nuestro Señor Jesucristo está a la diestra del Padre, más Salvador que nunca. Consumada la obra de la Redención sobre la Cruz, falta

60 Jn. 17, 23.

aplicar sus beneficios a cada uno de los miembros del Cuerpo Místico. En esta segunda fase de nuestra salvación, la Madre y el Hijo siguen inseparablemente unidos. ¿Acaso no es equitativo que Aquellos que adquirieron juntos el tesoro infinito de los méritos de nuestra Redención, queden unidos para distribuir sus frutos a las almas rescatadas? Adquisición y distribución de todas las gracias son dos aspectos correlativos de una misma obra de reconciliación del mundo con Dios.

Sería minimizar singularmente el privilegio de la Mediación Universal de María, el querer restringir sus perspectivas a la sola distribución de todas las gracias. No se da sino lo que se posee. Si María interviene en la aplicación de todos los bienes del Salvador, es porque fue, sobre el Calvario, la Asociada de Cristo en la obra de nuestra Redención. Un lazo ineluctable conecta estas dos fases sucesivas y complementarias de nuestra salvación. La Santísima Virgen se convirtió, en el cielo, en la Dispensadora de todas las gracias, porque fue, al pie de la Cruz, la Corredentora del mundo.

Mientras que la oración no parecía desempeñar más que un papel secundario durante la vida terrena de Nuestro Señor, al lado de su sufrimiento redentor, adquirió un papel más alto en esta fase nueva de la economía de la salvación. Todas las gracias

de redención adquiridas en el Gólgota se aplican individualmente a las almas sólo por la intercesión mediadora de Jesucristo. San Pablo nos muestra a Cristo "siempre vivo ante la Faz del Padre, e intercediendo en nuestro favor".[61] En esta breve fórmula, el Apóstol evoca toda la actividad eterna del Salvador sobre su Iglesia. En su vida de eternidad, Él piensa en nosotros, no aparta de nosotros su mirada. Su visión beatífica le revela todas las necesidades de su Iglesia, y de su corazón de Cristo nace una súplica incesante frente al Padre. Sólo Dios tiene el poder de divinizar nuestras vidas, pero la gracia sólo desciende de la Trinidad a las almas por medio de Jesús. Cabeza de la Iglesia, Jesucristo pide para Ella todos los auxilios materiales y espirituales necesarios para cumplir su misión aquí abajo y asegurar, entre los hombres, el triunfo de la causa de Dios.

Como Asociada a la oración de su Hijo, la Madre de Jesucristo tampoco cesa, presente siempre ante el rostro del Padre, de interceder por cada uno de nosotros. Todos los pueblos, así como todos los individuos, se cuentan entre sus hijos. Su amor materno los envuelve a todos en una misma oración. ¿Cómo podría una madre ver a sus hijos en la miseria, y no elevar a Dios una súplica ardiente a su favor? Nuestra Señora conoce por experiencia la omnipotencia

61 Hebr. 7, 25.

de su intercesión. Basta con que se vuelva hacia su Hijo para obtener del Padre, por Él, no importa cuál gracia de salvación y santidad. Ella intercede, y Dios concede todo. El Hijo no puede rehusar nada a su Madre. La Madre de Jesús, de su parte, no pide más que aquello que atañe a la felicidad eterna de sus hijos, para la mayor gloria del Padre.

La Virgen se apoya sobre los méritos infinitos de su Hijo, alcanzados en la Cruz. Su papel de Corredentora, y la inmensidad de sus propios méritos le dan, asimismo, el derecho de ser escuchada. No hay una sola gracia que la oración siempre eficaz de la Madre de Dos no pueda obtener. La Iglesia, que lo sabe, no cesa de repetirle "ruega, ruega por nosotros, pecadores". En todos sus peligros, en todas sus necesidades, la Iglesia se vuelve con confianza hacia la Madre de Dios, habiendo hecho mil veces la experiencia de esta soberana intercesión de la Virgen María, a la cual llama, con razón, la "omnipotencia suplicante", Aquella a quien Dios escucha siempre, "*omnipotentia supplex*".

El "acueducto" de todas las gracias

A su oración, Nuestra Señora agrega la acción, una acción puramente materna, cuyo modo es difícil de precisar, pero a la cual hay que atribuir el máximo de realidad (distinguiéndola, sin embargo, del modo en

que Cristo y sus ministros actúan sobre las almas).

Nuestro Señor Jesucristo obra en su Iglesia como Sacerdote y como Rey. Su Sacerdocio eterno se ejerce de manera siempre actual por la ofrenda del Santo Sacrificio de la Misa, del cual es el Sacerdote principal, y por la santificación de las almas. A través de sus representantes visibles, enviados por Él, el Verbo ofrece todavía el sacrificio de su Iglesia y administra todos los sacramentos. Es Cristo mismo quien bautiza, absuelve, consagra a sus sacerdotes, casa a sus fieles y quien, por una suprema unción, al ocaso de su vida, viene a preparar "a los suyos" para el paso de este mundo a la Casa del Padre.

Su acción sacerdotal es santificadora de las almas, a título de instrumento de la Trinidad, unido personalmente al Verbo. Nuestro Señor penetra así, por su acción divinizante, el interior de las almas, comunicándoles la gracia y todas las virtudes infusas. Es el instrumento privilegiado de todas las mociones del Espíritu Santo, desde los primeros toques de la gracia preparatorios a la conversión, hasta los movimientos más divinos de las almas, en los estados más elevados de la unión transformante. Como Mediador, nos transmite todas las gracias de Dios. Los sacerdotes de la Iglesia son, entre sus manos, humildes colaboradores, representantes visibles y simples intermediarios de esta acción deificante de

la Trinidad en las almas por medio de la Humanidad de Jesucristo.

María está asociada a título de Madre a la acción de su Hijo en lo más íntimo de las almas. ¿Hay que limitar esta intervención materna de Nuestra Señora a la sola fuerza de su oración? En rigor de verdad, esta actividad mediadora, de eficacia verdaderamente universal, le alcanzaría para merecer el título de Dispensadora de todas las gracias en grado único, incomparablemente superior al de todos los santos. Pero su mediación es de otro orden: el de una Corredentora del mundo, Asociada al único Salvador de los hombres en el mismo acto de nuestra redención.

¿Por qué la acción de la Santísima Virgen, asociada perpetuamente a todas las formas de la actividad mediadora de Nuestro Señor, no le estaría también asociada en el plano de la comunicación de la gracia? ¿Por qué no sería aquí también su Asociada, aunque no con una acción sacerdotal y sacramental, sino según su vocación propia, de manera materna? Una madre es generadora de vida. Ahora bien, Nuestra Señora cumple en el plan de Dios el oficio de una doble maternidad. Por su Maternidad Divina, dio a luz un Dios hecho Carne; por su Maternidad Espiritual da a luz cada día a los hombres a la vida de Dios. ¿Por qué no acordar a esta maternidad el máximo de realismo y reconocer en Nuestra Señora un verdade-

ro instrumento de nuestra divinización?

Después de concebirnos por el "*Fiat*" de la Encarnación, y de engendrarnos espiritualmente al pie de la Cruz, Nuestra Señora despliega su actividad eterna para elevarnos hasta Dios y "formar a Cristo" en cada uno de nosotros. Quien fue hecha Madre de los hombres por la gracia divina, no aspira más que a lo eterno y divino. No es una vida efímera lo que nos procura, sino una vida de eternidad. No es Ella quien nos bautiza, nos confirma, nos administra los Sacramentos. Pero es Ella, sin embargo, quien nos comunica la Vida trinitaria. Como toda Madre, María es dadora de vida. Trabaja con su Hijo para comunicar la gracia deiforme a todos los hijos de Dios; Él, como Cabeza del Cuerpo Místico y Sacerdote Mediador; Ella, como Madre, omnipotente en su acción, bajo la influencia constante y dominadora de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Dios Padre la escogió como Madre para todos sus hijos de adopción; el Hijo Encarnado la asoció a toda su obra redentora; el Espíritu Santo se sirve de Ella como instrumento de elección en la santificación de las almas. Nada se realiza en el orden sobrenatural sin la mediación de Nuestra Señora.

"Más Madre que Reina"

La Trinidad sólo gobierna el mundo por medio de la Virgen María. Esto puede sorprender a primera vista.

La Realeza de Cristo se extiende sin reserva a todo el dominio de la Providencia. Jesucristo posee la plenitud del poder real para conducir al mudo a su destino supremo. Los ángeles mismos no son más que los humildes servidores de Cristo Rey, que impera, como Jefe, sobre todo el Universo. Nada puede sustraerse a este imperio de Nuestro Señor. Ni un átomo se mueve sin el permiso o el concurso de Dios Encarnado. El mundo de los espíritus, y la universalidad de los cuerpos, están ordenados a su gloria de Cristo. Dios sometió a todas las creaturas a su poder soberano. El Verbo Encarnado dirige a los espíritus hacia la verdad y conduce a las voluntades hacia su beatitud, del mismo modo que un jefe gobierna a su pueblo para encaminarlo hacia su fin.

Cristo Rey asoció a su Madre al gobierno del mundo. Con Él, la Santísima Virgen ilumina al mundo de los puros espíritus, y todos los ángeles son dóciles a las menores manifestaciones de su voluntad. Los hombres mismos están, como la Iglesia entera, bajo la influencia materna y conductora de María. No es que haya que concebirla como un Cristo Rey

de sexo femenino; en el campo de la realeza, como en todos los otros, María conserva su vocación de mujer, Compañera de Nuestro Señor, y Madre de los hombres. La soberanía de María se despliega en su línea propia, enteramente femenina, maternal; soberanamente eficaz, sin embargo, y no menos universal, por la extensión de su mérito, de su expiación, de su oración, y de su acción mediadora sobre todo el Cuerpo Místico de Cristo. Hay cosas que se pueden sentir, más que expresar. La Iglesia no cesa de exaltar en Ella a la Reina de los ángeles y los hombres, la Reina de Vírgenes y Confesores, la Reina de los Mártires y de todos los santos; y no sólo Reina por excelencia y primacía de honor, sino también por dominación e imperio soberano: Reina del mundo, Reina del cielo y de la tierra, Reina del Universo.

Reina, pero a título de Madre y al servicio de todos sus hijos, para encaminarlos a la intimidad de su vida, no tanto por órdenes y leyes como por inspiraciones secretas, con la sonrisa de una madre que se inclina con mayor ternura sobre los hijos más desheredados. Cuanto más pequeños somos, más se muestra Madre. Cuanto más nos dejamos conducir por Nuestra Señora, más nos eleva rápidamente hacia Dios.

Asociada a Cristo, la Santísima Virgen encamina a la Iglesia Militante hacia la Ciudad de Dios. Pero

su realeza está toda penetrada de la gracia suprema de su maternidad: conduce a las almas con la fuerza sonriente y la suavidad irresistible de una madre, escondiéndose tras la acción real y dominadora de su Hijo. Incluso en su soberanía sobre el universo, Nuestra Señora sigue siendo "más Madre que Reina"[62].

62 Santa Teresita del Niño Jesús, "*Novissima verba*", 23 de agosto de 1897.

VI. OBRA MAESTRA DE DIOS

Dios hubiera podido crear un universo más grande; pero no hubiera podido hacer nada más hermoso que su Madre.

La fe nos descubre en la Virgen María a un ser inmaculado, a una mujer revestida de una Maternidad Divina, Reina de los ángeles y Madre de los hombres, cuya misión sublime, orientada por entero a nuestra salvación, y asociada a la del Verbo Encarnado, le asigna un lugar único entre las obras de Dios, en la cumbre de la creación, inmediatamente junto a su Hijo. Después de Jesús, María es la obra maestra de Dios.

Primacía de Cristo

La consideración de las grandezas de María nunca debe hacernos olvidar la primacía de Cristo. El Verbo Encarnado es la obra maestra suprema de la Trinidad, el Alfa y Omega de todo. Igual a su Padre en divinidad, hombre como nosotros, es la síntesis de todo el universo, que reúne en sí, en su doble

naturaleza, todas las riquezas de Dios y de la Creación. En el instante de su aparición entre nosotros, el Verbo Encarnado fue el coronamiento de todas las obras de Dios, pues el orden hipostático atraía irresistiblemente hacia sí todo el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria. Quien reflexione, aunque no sea más que un segundo, en este prodigio inaudito de un Dios presente en persona entre nosotros, no puede concebir que un solo ser, desde el menor átomo hasta el más elevado de los espíritus, pueda escapar a esta ordenación final de toda creatura a la gloria del Verbo Encarnado. Esta soberana primacía de Nuestro Señor Jesucristo brilla con evidencia ante nuestros ojos maravillados.

En el orden actual de la Providencia, todo está sometido a la universal causalidad de Jesucristo, causa expiatoria, satisfactoria, meritoria, impetratoria, eficiente, ejemplar y final de nuestra salvación, hecho por la voluntad del Padre Fuente primordial de todo bien. Toda la salvación de la humanidad pecadora, todo el movimiento del universo, todas las adoraciones y alabanzas de los ángeles, de los arcángeles y de los puros espíritus, pasan por el Alma sacerdotal del Verbo Encarnado, "*per quem laudant angeli*".[63] Así resplandece, en todos los planos, la Mediación única de Cristo. "Un solo Mediador entre Dios y los

63 Prefacio de la Misa.

hombres: Cristo Jesús". "Por Él, con Él, y en Él todo honor y gloria ascienden de todo lugar hacia la adorable Trinidad". "*Per Ipsum, et cum Ipso, et in Ipso omnis honor et gloria*"[64].

Nuestra Predestinación en María

Veinte siglos de cristianismo nos han acostumbrado a esta absoluta primacía de Cristo, Único Salvador del mundo, Sacerdote y Rey del universo.

La Iglesia de hoy comienza a tomar mayor conciencia de una verdad complementaria, que hasta hoy había permanecido providencialmente en la sombra y que, sin quitar nada al soberano dominio del Verbo Encarnado sobre todas las obras de Dios, nos descubre cada vez más el lugar excepcional de una criatura privilegiada, cuya acción se despliega, además, en total dependencia de la acción de Jesucristo, y por su gloria: una Mujer, Corredentora del mundo. Madre de un Dos Salvador y, por este título, su asociada como Madre de todo su Cuerpo Místico, Mediadora universal junto al único Mediador, por Él, con Él, en Él y por Él, la Virgen Santísima es causa expiatoria, satisfactoria, meritoria, impetratoria, –incluso eficiente, se diría–, ejemplar y final de nuestra salvación. Podemos afirmar, con ardor y con verdad, que hemos sido predestinados en María, al

64 Palabras de la Santa Misa, antes de la "Pequeña elevación.".

mismo tiempo que en Jesucristo. En dependencia del Verbo Encarnado y Redentor, pero de una manera no menos universal en el plan de nuestra salvación, la Madre de Cristo, nuestra Madre, se sitúa en el origen y en el término de nuestra propia predestinación. (X)[65]

Debemos todo a Nuestro Señor Jesucristo, pero también a su Madre. Dios ha querido perdonar nuestras faltas y librarnos de la pena eterna o temporal debida a nuestros pecados, teniendo en cuenta la expiación corredentora y los sufrimientos de Nuestra Señora. Y decretó dar la gracia a la humanidad redimida en vistas, también, de su inmenso amor materno. No nos concede su socorro sino por su intercesión. Nos ha predestinado a ser conformes a la vez a la imagen de la Madre y del Hijo. Desde toda la eternidad, la Todopoderosa y Misericordiosa Trinidad ha decidido libremente que toda gracia debe descender a las almas por manos de María. En fin, a la hora de la total conformación del Cuerpo Místico de Cristo, todo debe brillar en honor de María, mientras que Ella hará remontar toda alabanza hacia su Hijo, y Éste hacia Dios. "*Vos Christi, Christus autem Dei*"[66].

65 Ver Nota teológica X. PREDESTINACIÓN DE MARÍA.
66 1 Cor. 3, 23.

Irradiación de la Maternidad Divina.

Todos los privilegios, todas las grandezas de María tienen su centro de convergencia y de irradiación en la Maternidad Divina, que compromete a fondo a toda su persona, y que lleva su misterio hasta los confines de la Divinidad: la unión hipostática.

Con Dios Padre, María tiene un mismo Hijo; y así como el Padre tiene en Él infinitas complacencias, Ella puede aproximarse a este mismo Hijo eterno con la ternura y el corazón de una madre. Uno y otro encuentran en Él la razón suprema de su existencia y de su vida. El Hijo es todo para su Padre, así como para su Madre, y su presencia divina los colma de una felicidad infinita.

Desde el primer momento de esta Maternidad Divina, Nuestra Señora sintió brotar en su alma relaciones nuevas hacia cada una de las Tres Personas de la Santísima Trinidad. Habiendo llegado a la altura más alta posible a una simple criatura, Nuestra Señora se movía libremente en la atmósfera misma de las Tres Personas divinas: Hija del Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, Asociada a todo el plan de la Redención del mundo, y, por la gracia, a causa de su acción sobre todo el Cuerpo Místico y sobre todas las obras de Dios: "complemento de la

Trinidad"[67].

Madre del Verbo, la Virgen Santísima ha visto su Maternidad Divina desplegarse en maternidad espiritual sobre todos los hombres. Su Hijo, ¿no es esencialmente "Salvador" y "Primogénito de una multitud de hermanos"? Desde el *"Fiat"* de la Encarnación, María entra sin reserva en este plan de salvación, tal como Dios lo había concebido y decretado eternamente según las condiciones concretas de su realización. A la Encarnación redentora del Hijo corresponde la Maternidad corredentora de María. Esta Maternidad, a la vez divina y espiritual, resplandece con la misma claridad que la predestinación de Nuestro Señor Jesucristo. El misterio de la Madre y del Hijo se revela a nuestros ojos a la luz de un mismo decreto de misericordia. La Madre del Dios Salvador se volvió la primera confidente de su corazón de Ungido, la compañía fiel, realizadora de la misma empresa de salud. He aquí por qué, tanto en el pensamiento eterno de Dios como todo a lo largo de la historia bíblica y humana, la Madre y el Hijo avanzan hacia un mismo destino. En el fondo, son dos aspectos complementarios de un mismo

67 Hay que entender esta fórmula tradicional, no en sentido esencial y *ad intra*, sino de manera accidental y complementaria, *ad extra*, a título de instrumento de la Trinidad en las almas.

misterio de salvación.

Su acción común domina el espacio y el tiempo. Juntos, sostenían en cada uno de sus actos el destino del mundo: Jesucristo como Verbo Encarnado, Único Salvador, Sacerdote y Rey; María, Madre de Jesucristo, por su acción materna sobre cada uno de nosotros.

No busquemos medir su grandeza divina con nuestra razón humana. Solo la luz de Dios, participada en nosotros por la fe, puede descubrirnos las verdaderas perspectivas de la marcha concreta de los hombres a través de la historia, bajo la acción conjugada de estos dos Seres Salvadores. Nuestro Señor aparece, así, como centro del mundo; pero vemos que Dios también depositó en las manos de Nuestra Señora el cetro del universo.

Plenitud de gracia

Una tal misión exigía que la Virgen María estuviera revestida de la plenitud de gracia, de ciencia y de poder necesarios a su doble función de Madre de Dios y de los hombres, a su papel de Mediadora junto al Mediador, y, por Él, con Él, y en Él, de Mediadora junto a la Trinidad.

En primer lugar, la Madre del "Cristo Total" debía poseer al máximo todas las riquezas de la gracia santificante que permiten a una criatura vivir en la inti-

midad de Dios. Ahora bien: desde el primer instante de su Inmaculada Concepción, la Santísima Trinidad la colmó de tal plenitud de santidad, que sobrepasaba en pureza divina y en gracia a la universalidad de los ángeles y santos. No sólo fue limpia de pecado, sino que su alma, divinizada, resplandecía con la Belleza del Padre, la Claridad del Verbo, y con el Fuego del Espíritu de Amor, como verdadera obra maestra de la naturaleza y de la gracia.

Si se piensa en el privilegio único de ser Inmaculada en medio de una raza universalmente pecadora, se puede intuir el cortejo de gracias y carismas que acompañará, cada vez más, el despliegue del misterio de María, para prepararla a entrar en este orden supremo de un Dios Encarnado.

En la hora de la Encarnación, el ángel mensajero se maravilla por esta "plenitud de gracia" de una hija de los hombres. Para María, es el momento en que su gracia de Virgen va a florecer en la inconmensurable plenitud de gracia de una Madre de Dios. Toda su psicología de mujer, hecha Madre del Verbo, comienza desde ahora a moverse en esta atmósfera trinitaria, donde la llama y la retiene la intimidad con su Hijo. Vive con Él y en sociedad eterna con el Padre y el Espíritu de Amor, asociada de ahora en adelante a todas las obras de la Trinidad. La luz del Verbo ilumina su vida, todavía en las oscuras clari-

dades de la fe, pero sin error, sin ignorancia, en el indefectible juicio de su inteligencia, en la perfecta rectitud de su corazón. Su voluntad permanece inmutablemente fija en el Amor.

Nos es imposible penetrar, en esta sublime transformación en Dios de la Madre del Verbo, hasta las profundidades de su ser y hasta de sus menores acciones. Lo menos que se puede decir nos hace afirmar con certitud que como Inmaculada está dotada de una plenitud de gracia que, desde el primer instante, la eleva a un grado de unión transformante que ninguna criatura podrá jamás alcanzar aquí abajo, incluso al fin de su carrera. En todos sus actos, la Madre de Dios se movía bajo la acción especial del Espíritu Santo, que le confería un valor de mérito y expiación corredentoras que no igualarán jamás todos los esfuerzos reunidos de la Iglesia Militante hasta el fin de los siglos. En lo que más conviene pensar para apreciar la plenitud de gracia de la Virgen María, es en la "gracia capital" de Cristo, más que en la de otros santos. Sin dejar de mantener, por supuesto, la distancia infinita que la separa de su Hijo, verdadero Dios hecho Carne, y cuya Alma humana estaba revestida, también, de la gracia santificante a tal grado que le permitía realizar, bajo la moción ininterrumpida del Espíritu Santo, y con perfección soberana, los actos teándricos de un Dios viviendo

entre los hombres, sobre la tierra.

Pero, mientras la santidad de Nuestro Señor estaba ya consumada desde la Encarnación, como por un descenso personal de la santidad de Dios al hombre, la plenitud de gracia de la Virgen María seguía siendo susceptible de continuos progresos. La Madre de Dios y de los hombres obraba en cada uno de sus actos, siempre sin el menor retraso, sin la menor imperfección, bajo la moción constante y cada vez más dominante de los dones del Espíritu Santo; acumulando así, al servicio de todo el Cuerpo Místico de Cristo, un capital de méritos y satisfacciones que la Iglesia militante no agotará jamás. Ahora, en la gloria de su santidad consumada, la Virgen es la criatura más semejante a Dios.

Plenitud de ciencia

La primera condición que permitía a Nuestra Señora entrar con toda su alma en los designios de Dios sobre sí misma y sobre el mundo, era una fe ardiente y luminosa.

Sobre la tierra, la Santísima Virgen nunca vio a Dios, pues caminaba humildemente, como nosotros, en la fe pura, sin ideas angélicas, sin el carisma, ni siquiera intermitente, de la visión. Guardémonos de todo exceso de lenguaje que arrancaría a María de su condición humana de peregrina. Si Jesucristo, a

título de Hijo de Dios, contemplaba sin cesar la Faz del Padre y todo el plan eterno; si conocía, a la manera de los ángeles, el menor átomo del universo, debía esos dos grandes privilegios al carácter excepcional de su Personalidad divina que lo constituía, en la cumbre de su alma, ya Bienaventurado, en la posesión de ese Término de gloria al que conducía a los elegidos.

¿Por qué no limitarnos, en la consideración de la ciencia de María, a los privilegios razonables de una Madre de Dios caminando todavía en la Fe, en una fe totalmente iluminada por los dones del Espíritu Santo, los más penetrantes, los más sabrosos, por cierto, pero sin ir hasta la visión de la Luz inaccesible? Los carismas intelectuales de orden profético le pudieron aportar, por añadidura, las luces necesarias para su misión de Mediadora Universal; pero no vemos ninguna razón decisiva para hacerla salir de este régimen de la fe. El Evangelio muestra en Ella momentos de sorpresa y admiración, obscuridades queridas por la Providencia, para hacer crecer su mérito en la fe. Su caridad, además, podía sobrepasar inconmensurablemente, por su impulso, los límites de comprensión de su fe, y llevarla, incluso en medio de sus dolores de Corredentora, rectamente hacia Dios por el abandono total del amor.

Nuestro Señor mismo vivía ya sobre la tierra con

alma de eternidad, inmutablemente establecido en la visión de Dios, incluso en sus peores tormentos de Crucificado. La contemplación continua del Rostro del Padre y de todo el drama de la Redención, lejos de disminuir su sufrimiento, le permitía captar mejor, en plena luz, el egoísmo de los hombres y toda la malicia del pecado. Todo en Él, como en los bienaventurados, estaba dominado por las claridades inmutables de la visión beatífica. Pero Nuestra Señora es el modelo de la santidad en la fe. Es el amor, no la visión, lo que iluminaba todo su misterio de Corredentora. Aquí se escondía el fuego secreto de todas sus virtudes.

Desde la Asunción, al contrario, hay que acordarle una visión universal y comprensiva de todos los misterios de Dios; visión de la cual tiene necesidad su misión de Mediadora, para intervenir en la dirección del mundo. La Santísima Virgen ve todo "en el Verbo", o, por iluminaciones complementarias, "fuera del Verbo", en el resplandor de la Faz de Dios. Puede instruir a los ángeles y a los hombres sobre los menores detalles del universo. Su mirada de Madre de Dios y de los hombres, su visión de Reina de los ángeles y del mundo, iguala seguramente en extensión, aunque no en intensidad de luz, a la mirada misma de Nuestro Señor Jesucristo; es decir, a la ciencia de visión de las Tres Personas de

la Santísima Trinidad. Nuestra Señora ve todo. En el orden actual del universo, nada escapa a su mirada.

Plenitud de poder

Sobre la tierra, el poder de Nuestra Señora permanecía insospechado, escondido en el fondo de su alma, desplegándose en el plano moral de la oración de expiación corredentora, bajo la sola mirada de Dios. La Madre de Jesucristo no hizo ningún milagro, al menos mientras vivía su Hijo. Y sin embargo su acción espiritual al servicio de la Iglesia se extendía ya a todos los hombres, tiempos y lugares, y alcanzaba incluso, por influencia indirecta, a todo el mundo de los ángeles y a todos los seres del universo.

Pero desde que entró en la gloria, la Trinidad no hace nada sin Ella. Ya lo hemos dicho: Dios gobierna al mundo por Nuestra Señora. Ella posee todo poder de intercesión y toda libertad de acción. Ella interviene a todo instante como Dispensadora de todas las gracias. Ella tiene a todas las almas en sus manos y dirige el destino de las naciones. Jesucristo, Cabeza Suprema de la Iglesia, sólo obra en el interior de las almas por María. Él la ha constituido Tesorera de todos los beneficios de su Redención. La Madre de Dios está ahora a la derecha de su Hijo, asociada a su gloria, velando por la salvación del mundo. Ma-

ría Santísima disfruta de un poder en cierto modo ilimitado[68]. Instrumento de todas las obras de Dios, su imperio se extiende sobre todos los espíritus. Ni una sola gracia, ni un solo milagro, en el orden actual de la Redención, se produce sin la oración y la acción mediadora de María. Jesús ha confiado todos sus poderes a su Madre. La Omnipotencia de Dios se ejerce en el mundo por manos de Nuestra Señora.

Plenitud de gloria

Las enfermedades de la tierra ya han pasado para la Madre de Dios. Como a su Hijo, le fue preciso sufrir antes de entrar en la gloria. El dolor fue el compañero inseparable de su vida.

Hija de los hombres, compartió todas nuestras miserias, excepto el pecado. El Dios de Amor hubiera podido evitar a su Madre todo el lote de tristezas de los hijos de Adán, y establecerla en un estado de inocencia y de felicidad. Pero la sabiduría divina juzgó preferible dejarla padecer nuestras condiciones de sufrimiento y de muerte, penalidades de toda naturaleza humana. Sin embargo, estas enfermedades pasajeras no podían revestir en la Inmaculada el carácter penal de una expiación personal del pecado.

68 *"Permissa Ei pene immensa potestate"*. ("Se le ha concedido un poder casi sin medida.", León XIII, *"Adjutricem populi"*, 5 de septiembre de 1895).

En el alma de María, como en la de Jesucristo, no hubo ni trazas de alguna falta moral sino, a imitación suya, una aceptación gozosa, heroica, del sufrimiento, en vista de los mismos fines redentores. Lejos de sustraerse a la expiación, se consagra a ella con todas las fuerzas de su alma y de su corazón, acumulando sobre sí una suma de sufrimientos que ninguna criatura humana hubiera podido soportar sin morir. Su admirable sensibilidad le hacía particularmente vivos los menores dolores. En la luz de Dios en que vivía, Nuestra Señora percibía con extrema agudeza toda la malicia del pecado. Su existencia de Corredentora, como la de Jesús, fue un habitar constante de todo su ser en el dolor. Ningún sufrimiento humano se aproxima siquiera a su Calvario de Madre. Sin una especial asistencia de la omnipotencia divina, la Madre de Jesús, al pie de la Cruz, hubiera muerto de dolor.

Al llegar al fin de su carrera, en el dulce ocaso de su vida, la Madre del Verbo Encarnado se inclina con amor ante la voluntad divina, considerando la muerte como un último testimonio de conformidad con su Hijo, en unión a Él para la Redención de los hombres y la gloria del Padre. Ni la vejez ni el sufrimiento la hicieron morir, sino un último impulso de amor, el más hermoso que salió en esta tierra de un corazón humano (puesto que en el pecho del Cruci-

ficado latía el Corazón de un Dios).

Su muerte fue más bien un sueño, una dormición. No es que fuera una muerte aparente, no: Nuestra Señora murió, así como morimos nosotros, y su cuerpo virginal fue por un instante un pobre cadáver inerte. Pero, ¿cómo hubiera podido Dios dejar descomponerse ese cuerpo virginal del cual había recibido la vida? La Omnipotencia de Dios no podía tolerar una corrupción tal en su Madre. ¿Era justo, además, que Aquella cuya acción corredentora se había mostrado victoriosa del pecado y del demonio, sufriera el castigo supremo infligido a nuestra raza pecadora? Este ser virgen, inmaculado, ¿podía ser manchado por la podredumbre de un cadáver en descomposición? El Dios de Amor, su Hijo, le preparaba una milagrosa y esplendorosa resurrección, que debía revestir a este cuerpo virginal de juventud eterna, y de brillo sin igual. Por prodigiosa anticipación de los privilegios de la gloria, Nuestra Señora vive ahora en el cielo, en cuerpo y alma, más resplandeciente, en su belleza materna y virginal, que todos los seres del universo.

En su alma bienaventurada, la luz del Verbo lo ilumina todo. En fin, contempla para siempre la Faz de Dios, y puede adorar a Dios en su Hijo, Hijo que es el Pensamiento eterno del Padre y en quien las tres Personas de la Trinidad y todos los bienaventurados, beben, como Ella, del torrente de delicias

en la visión de Dios. Su cielo de gloria sobrepasa en felicidad al de todos los ángeles y santos. Ninguna criatura se aproxima como Ella a las Tres Personas divinas. Su mirada se sumerge en los abismos de la Trinidad.

Nada es comparable al esplendor corporal de la Madre de Jesús. Todas las propiedades de los cuerpos gloriosos brillan en Ella, en grado supremo. Después de la belleza divina de Jesucristo, nada iguala la gracia de su Madre, ideal de la mujer, irradiada por completo de la transparente claridad de un alma que posee la visión de Dios.

La sola visión de la Virgen María alcanzaría para colmar a un ser de incomparable felicidad por toda la eternidad. Todos los sufrimientos de la tierra, todos los tormentos de los mártires de la Iglesia militante, no pagarían muy caro la contemplación de tan gran hermosura. La Trinidad Santa desplegó en Ella toda su magnificencia, para hacerla digna de ser la Madre del Hijo y la obra maestra del Espíritu de Amor. Nunca contemplaron los Serafines tan admirable belleza. En el deslumbrante esplendor de su alma, y en el brillo exterior de su cuerpo resucitado, Nuestra Señora es la imagen viva más fiel de la Trinidad, el reflejo más sublime de la belleza de Cristo.

Mediadora ante la Trinidad

Puesto que está ubicada en la cumbre de las criaturas, justo después de su Hijo, en el seno mismo de la Trinidad, la Madre de Dios y de los hombres juega en el plan divino el papel de Mediadora Universal.

Un orden inviolable dirige todo el movimiento de divinización de las almas. La Trinidad es la Fuente primordial de todos los bienes. Jesucristo, Único Mediador entre Dios y los hombres, los recibe en la plenitud de su gracia capital como en un océano sin límites. La Virgen es el canal por el cual el Redentor hace correr hasta nosotros todas las gracias de salvación. La Trinidad, Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María: tales son las etapas de esta comunicación de todas las riquezas espirituales de la Divinidad, que no cesan de derramarse sobre la Iglesia de Dios.[69] La Sabiduría divina ha establecido atinadamente sus grados fijando de manera irrevocable las grandes leyes de la economía de la salvación. Ni una sola gracia desciende de la Trinidad a las almas sin

69 "Toda gracia que se comunica a este mundo sigue un triple proceso: pues se nos dispensa, muy ordenadamente, de Dios a Cristo, de Cristo a la Virgen, y de la Virgen a nosotros". (San Bernardino de Siena, Sermón VI, "Sobre la Anunciación", a. 1, n°2. *"Omnis gratia quae huic saeculo communicatur triplicem habet processum: nam a Deo in Christum, a Christo in Virginem, a Virgine in nos ordenatissime dispensatur"*).

pasar por manos de María. Tal es la voluntad inmutable de Aquel que ha querido hacer de Ella la Tesorera de todos los beneficios divinos. Jesucristo, en Sí mismo, y en las almas, es siempre el Hijo de María.

Es este mismo camino el que deben seguir las almas para volver a la Casa del Padre y abismarse en la Unidad de la Trinidad. La Iglesia, que lo sabe, no quiere ir a Jesucristo sino por su Madre. Los mismos santos a los que invoca se dirigen a Dios por la intercesión de María, porque ven a plena luz que sólo se encuentra a Jesús junto a su Madre, y que solo Ella tiene siempre acceso ante Dios. Nuestra Señora es la Mediadora de todos los mediadores, Mediadora ante el único Mediador[70], y, por Él, con Él y en Él, Mediadora universal ante la Trinidad.

Dios descendió hasta nosotros por María, y por Ella deben remontarse las almas hasta Dios.

70 *"Ad Mediatorem Mediatrix"* (León XIII, *"Fidentem"*, 20 de septiembre de 1896).

VII. LA MIRADA DE LA IGLESIA SOBRE MARÍA

María llena el pensamiento contemplativo de la Iglesia.

La Iglesia canta a la Virgen María con todos los impulsos y con todas las formas del amor.

Habiendo bebido de la Biblia las intuiciones fundamentales de su mirada sobre la Madre de Dios, dejó después cantar libremente a su corazón, invocando todas las resonancias de su alma mística, su genio, los sentimientos de todos sus hijos, el poder evocativo del arte, de todos los artes, para cantar más dignamente a Nuestra Señora. Y al fin, hubo de decir con San Bernardo: *"de Maria nunquam satis"*[71]. Para cantar dignamente las glorias de María, haría falta ser el mismo Verbo de Dios.

Profecías, figuras y símbolos.

A la Iglesia siempre le gustó remontarse hasta los más lejanos orígenes de la humanidad para descubrir

71 "De María nunca se hablará lo suficiente".

el rostro verdadero de la Madre de Jesús. Ya desde las tradiciones primeras, supo discernir en María una "nueva Eva", una Eva reparadora, que vino a devolvernos la vida perdida por la desobediencia orgullosa de la primera mujer; y contempló a ambas implicadas de manera universal en la suerte de la humanidad. Así hablaron San Justino, San Ireneo, Tertuliano, a la espera de que el pensamiento patrístico condensara su creencia en una fórmula lapidaria: "Eva es fuente de muerte, María es fuente de vida". "*Mors per Evam, vita per Mariam*". ¿Acaso este tema de la Nueva Eva, tan caro a la Mariología moderna, no encierra, en efecto, todo el papel de Nuestra Señora, asociada a Jesucristo para darnos a luz espiritualmente, a la vida de Dios?

La Iglesia siempre contempló con asombro el prodigio inaudito: una Virgen Madre, la "*Almah*" de Isaías dando a luz al Emmanuel; prodigio al que gustaban evocar nuestros artistas del medioevo en sus iglesias y catedrales; misterio de una Maternidad virginal que hacía las delicias de un San Bernardo y de otros doctores medievales. Será gloria única del cristianismo el poder hacer resplandecer sobre una misma frente las dos joyas de la mujer: la virginidad y la maternidad.

Bajo el soplo del Espíritu, la Iglesia supo discernir, en el Libro inspirado, numerosas figuras, anuncios

vivos de la Madre de Dios. María es la nueva Eva, el tipo eterno de la mujer: virgen, esposa y madre. En Ella se armonizan la pureza y la gracia de Rebecca, la belleza de Raquel, la fuerza de alma de Judith, la dulzura y omnipotencia de Ester.

Figuras y símbolos bíblicos evocan la belleza y variedad de los privilegios de la Madre de Jesucristo. María es el arca de Noé, a la cual no pueden sumergir las olas del pecado y de la cólera divina, y que contiene a los predestinados; la escala de Jacob, apoyada sobre el mismo Dios, y recorrida sin cesar por los ángeles al servicio del Altísimo; y la zarza ardiente, imagen de su incorruptible virginidad. Es la paloma purísima, la fuente sellada, el jardín cerrado reservado a Dios solo, la casa que se construyó la Eterna Sabiduría, el templo sagrado que refulge de esplendor divino y está lleno de la gloria del Señor, la ciudad de Dios cuyos cimientos se asientan en las montañas santas, y la torre inexpugnable, ciudadela y refugio de los soldados de Dios, el arca de la alianza y el vellón de oro.

En fin, toda la naturaleza provee a la Iglesia de símbolos mariales. La Madre de Dios es un cielo viviente, un jardín de delicias, un verdadero paraíso que derrama sobre la tierra las aguas de la vida. Ella es sucesivamente la aurora de salud, la estrella, la

luna, el sol, "*pulchra ut luna, electa ut sol*,"[72] la nube que trae el rocío, la tierra virginal de la que brota el Salvador. Las flores, los árboles, toda la poesía de la naturaleza, canta los esplendores de la Virgen María. Impotente para exaltar la sublime grandeza o la gracia exquisita de esta mujer, la liturgia de la Iglesia recurre a los textos más bellos de los libros Sapienciales y del Cantar de los Cantares. A la hora de la Creación del mundo, María aparecía ya en el Pensamiento divino, junto con todas las obras de Dios; pero al Eterno plugo realizar las más grandes maravillas sobre todo en su alma:

"Eres toda hermosa, amada mía y no hay mancha en ti"[73].

Pureza virginal

A todo hombre, incluso al más culpable, le agrada descansar su mirada sobre un ser virgen. La Iglesia de la tierra, viviendo entre pecadores, siempre veneró la pureza virginal de María. Nada hay en Ella manchado, ni impuro. Es Virgen. Es La Virgen, cuya belleza inmaculada resplandece como un cristal. Desde que el ángel la saludó llena de gracia y de pureza, irradia la claridad de Dios que se ocultó en su seno, y todas las generaciones cristianas exaltan

72 Cant. 6, 9 "Hermosa como la luna, escogida como el sol".

73 Cant. 4, 7: "*Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*".

su inviolable pureza. Nuestras miradas, de hombre o de mujer, descubren en la Virgen María un reflejo vivo de la transparencia misma de Dios, y estamos orgullosos de esta obra maestra de nuestra raza, más pura que los ángeles, digna de ser el Tabernáculo Viviente del Verbo de Dios.

Del Credo de los apóstoles, hasta las melodías más modernas, el alma cristiana canta su fe en la incorruptible virginidad de María: Virgen antes de ser Madre de Jesús, Virgen Madre, llevando en su seno casto al Eterno; y, después del alumbramiento del Salvador, siempre Virgen. ¿No es gloria exclusiva de Nuestro Señor Jesucristo, la gloria de ser el Hijo de la Virgen? La Iglesia se lo recuerda en sus doxologías:

"Gloria a Ti, Señor, que naciste de una Virgen".

Y los motetes más simples, así como los cantos populares, o los himnos más sabios de la Liturgia, alaban, exaltan en Nuestra Señora esta salvaguarda maravillosa de la integridad de su alma y cuerpo; puesto que, en Ella, como en todos los seres vírgenes, la pureza está en el alma antes de manifestarse en la carne. Ser puro, intacto, todo para Dios, hasta en las fibras más íntimas de su ser, ¡qué prodigio en este corazón de mujer, el más maternal que hubo nunca! El pensamiento cristiano no separa jamás en María la virginidad de la maternidad, pues compren-

de por instinto que sólo una maternidad virginal es compatible con una Maternidad Divina. Los Padres y Doctores quedarán extasiados frente a tal esplendor, entrevisto ya por Isaías, pero comprendido por la Iglesia de Jesucristo en la luz deslumbrante de la Madre del Verbo. Y sus letanías de alabanza nunca dejarán de proclamar en Ella la pureza inviolable que la eleva sobre toda otra pureza: "Virgen purísima, Virgen sin tacha, Reina de los ángeles y Reina de vírgenes". ¡Tal afinidad existe entre la belleza virginal de María y la transparente claridad de los puros espíritus!

La palabra "Virgen" vuelve sin cesar en la liturgia de la Iglesia cuando canta las glorias de María. Es su nombre personal. Sólo Ella pudo decir: "Yo soy la Inmaculada". María es "la Virgen", "la Santa Virgen", "la Santísima Virgen".

Maternidad Divina

Su pureza deslumbrante, como cada uno de sus privilegios, está orientada a su prerrogativa suprema: su Maternidad Divina, que la encumbra sin comparación posible por sobre toda creatura, y la introduce en el interior del orden único en que su Hijo Encarnado es Dios.

Aquí llega a su colmo el entusiasmo de la Iglesia en sus oraciones y cantos, en la enseñanza de sus docto-

res y la inspiración de sus artistas y poetas, para ensalzar a la "Santa Madre de Dios, Aquella a quien el pueblo de Éfeso, la noche de la proclamación de la Maternidad Divina, exaltaba como la *"Theotócos"*, la verdadera "Madre de Dios". "Aquí, en efecto, la grandeza de María toca lo infinito"[74]. Con este título, se acerca tanto a Dios que parece perderse en los abismos de la Trinidad. "Sin duda alguna, la Maternidad Divina tiene tal excelencia que no se puede concebir nada más grande. La Madre de Dios sobrepasa sin límite toda naturaleza creada"[75]. "Es la dignidad suprema después de Dios"[76]. "De aquí su trascendencia sobre todos los ángeles, querubines y serafines"[77]. Todavía podríamos recoger, de entre los Padres y Doctores de la Iglesia, innumerables testimonios de su fe en esta grandeza suprema de María. En sus escritos, exaltan este privilegio, que le

74 S.T. I, 25, 6. *"Beata Virgo, ex hoc quod est Mater Dei, habet quamdam dignitatem infinitam, ex bono infinito quod est Deus"*.

75 "Ciertamente posee tal dignidad la Madre de Dios, que no puede hacerse nada más alto... la Madre de Dios antecede de muy lejos a todas las naturalezas creadas". *("Certe matris Dei tam in excelso dignitas est, ut nihil fieri maius queat... naturis creatis omnibus longissime Deipara antecellit"*. León XIII, *"Quamquam pluries"*, 15 de agosto del 1889).

76 *"Summa post Deum dignitas"* (Pío XI, Enc. *"Lux veritatis"*, A.A.S., T. 23, 1931, p. 513).

77 *"Ipsa longe excellentior est omnibus angelis, etiam seraphinis et cherubinis"*. (Pío XI, Enc. "Lux veritatis", A.A.S., T. 23, 1931, p. 513).

ha dado el concebir en su carne al Hijo de Dios. No es que haya comunicado su existencia a la Divinidad del Verbo; sino que el Verbo Eterno, consubstancial al Padre e Hijo Único suyo, se hizo, en la Carne, Hijo verdadero de María. "La Virgen engendró, no a un hombre ordinario sino al verdadero Dios, que vino a Ella, no pasando y como a través de un canal, sino tomando de María su propia carne de Hombre, de igual substancia que la nuestra"[78]. "Ninguna lengua humana, ningún pensamiento angélico, podrá jamás alabar lo suficiente a Aquella que encerró en su seno la gloria del Señor. Una distancia infinita separará siempre a los servidores de Dios de Aquella que fue su Madre"[79]. El espíritu de los doctores escruta este misterio de una mujer de nuestra raza que posee, a título de hijo, al Hijo Único del Padre, y que es con Él la Restauradora del orden del universo. Nada es más grande que Nuestra Señora, excepto Dios, que le dio a su propio Hijo, su Igual. "Él hizo Hijo de María, al que es su mismo Hijo. De ahora en adelante es indivisiblemente y a la vez el Hijo de Dios y el Hijo de María. Dios creó el universo y María engendró a Dios. El Omnipotente ha querido nacer de María y restaurar así, con Ella, todo el mundo.

78 S. Juan Damasceno, *"De fide orthod."*, P.G., 94, 1027.

79 S. Juan Damasceno, *"Or. I. de Dormitione Deiparae V. M."*, P.G., 96, 700.

Aquel que es Poderoso para hacer salir todo de la nada, nada quiso restaurar sin María".[80] Y la Iglesia se maravilla, en todos los siglos, al ver a un Dios nacer de una Virgen, porque sólo un nacimiento virginal podía convenir a un Dios: *"Talis decet partus Deum"*[81].

Los teólogos, a su vez, sabrán discernir en la Maternidad Divina el principio primero y la forma suprema de todas las grandezas, de todos los privilegios, y de todas las gracias de Nuestra Señora.

Compasión dolorosa

Desde esta cumbre luminosa, la mirada de la Iglesia desciende al Calvario para descubrir, no ya a la gloriosa Madre de Dios, sino a la dolorosa Madre de los hombres.

Aquí todo es sufrimiento: la Madre de Dios se hace Madre del Crucificado. La Iglesia canta a la Virgen del *Stabat*. Desde el medioevo, manifiesta una devoción ardiente hacia la compasión de Nuestra Señora; sus pintores, incluso, nos la muestran desfalleciendo al pie de la Cruz. Pero la Iglesia condenará este exceso. Sin querer minimizar la inmensidad de un dolor "vasto como el mar", la Iglesia, como siempre, sabe guardar la nota justa de la fe; y, hasta en el

80 San Anselmo, *"Orat."*52, P.L., 956.

81 Himno de Navidad.

Gólgota, descubre en el alma corredentora de María la "alegría plena"[82] de una madre que está feliz de sacrificarse por el bien de sus hijos.

Animará, asimismo, a sus Doctores, a considerar en este sufrimiento maternal, asociado al de Cristo, el principio de nuestra propia salvación. No es una mujer cualquiera la que está de pie bajo la Cruz, en aquella hora única de la Redención del mundo: por su compasión dolorosa, la Madre de Dios se hace Madre de todos los hombres. "Ella había dado a luz a su Hijo único en las alegrías sin mezcla de tristezas de la Maternidad Divina; pero da a luz en el dolor a todos sus otros hijos"[83]. Una misma comunidad de sufrimiento, y un mismo querer, harán de Nuestra

82 *"Plane gaudens"* (Pío X, *"Ad diem illud"*, 2 de febrero de 1904).

83 La mariología moderna se aferra con razón a las fórmulas tan densas de Alberto Magno: "la Santa Virgen no fue tomada por Dios como Servidora, sino como Socia y Ayuda... no es Vicaria, sino Coadjutora y Asociada, partícipe en el Reino por haber sido partícipe en el sufrimiento por el género humano..." (*Marial*, q. 42).

"Para que, así como fue Auxiliar de la Redención por la compasión, fuera hecha también Madre de todos por la regeneración; y, así como todo el mundo queda obligado con Dios por su crudelísima Pasión, así también lo estuviera con la Señora de todo, por su compasión". (*Marial*, q. 150).

"Dio a luz a su Hijo Primogénito sin dolor en su Natividad, y luego dio a luz al mismo tiempo a todas las gentes en la Pasión de su Hijo". (*Marial*, q. 150).

Señora la Asociada de Cristo, la Corredentora del mundo.

La Iglesia deja a los teólogos el cuidado de determinar la forma de esta Corredención mariana. Los más atrevidos consideran, parece que acertadamente, que la Madre y el Hijo participaron juntos en la obra Redentora, en la adquisición de las gracias. Todo depende, en el orden de la salvación, del acto único que realizó Jesucristo sobre la Cruz, al ofrecer al Padre su Sacrificio Redentor. Ahora bien, la Madre de Jesús se unía de todo corazón a esta oblación salvadora, al abandonar sus propios derechos maternos sobre el Hijo que había concebido, dado a luz, educado y preparado para darse en rescate por los hombres[84]. La salvación del mundo pendía de este acto invisible y teándrico, que contenía, en su eminente simplicidad y en su riqueza infinita, la fuente de todos los beneficios redentores, para todos los hijos de Adán, desde el comienzo hasta el fin del mundo. María misma entraba en estas perspectivas de Redención, pero a título distinto, como la primera de las redimidas, con prioridad de natura de su redención personal sobre su acción de Corredentora. Lejos de disminuir la eficacia universal y dominante de la Pasión de Cristo, la Compasión Corredentora constituye su efecto primordial y su más bello triun-

84 Pío X, "*Ad diem illud*", 2 de febrero de 1904.

fo, pues hace brillar la omnipotencia redentora de Cristo hasta el punto de merecer, para una simple creatura, el título de Corredentora del mundo.

Gloria eterna

El mérito llama a la gloria y determina el poder de acción. La Iglesia contempla ahora, en la Corredentora del mundo, a la Reina del cielo, "*Regina cœli*", resplandeciente de luz y gloria, incomparablemente elevada por sobre todos los ángeles y santos, bien cerca de su Hijo. Su triunfo brilla hasta en la belleza de su cuerpo glorioso. Y, ¿qué diremos de su alma? Al lado suyo, palidece toda grandeza creada. Solo Dios la supera por su infinito esplendor.

Toda la liturgia de la Asunción quiere manifestar el triunfo supremo de la Madre de Dios. En esta fiesta, la más antigua y solemne del ciclo marial, la Iglesia exulta de gozo, e invita a todos sus hijos a cantar la eterna gloria de la Reina de los cielos. Los ángeles reciben, con torrentes de alegría, a su Soberana. Bendicen a Dios por los beneficios prodigados a su Reina. Le agradecen con alabanzas sin fin. Los hombres, a su vez, rivalizan con los ángeles en amor y reconocimiento hacia la que es Madre de Dios, y no menos Madre de todos los hombres.

En la Iglesia de Jesucristo todo culmina en perspectivas de eternidad. La Virgen nos aparece así en

la irradiación de su gloria, sumergida en los abismos de la Trinidad y revestida, en nuestro favor, de un poder en cierto modo ilimitado[85]. Habiendo llegado a la cima de la gloria, María vela sobre la Iglesia, y se inclina sobre todos los hombres y naciones para conducirlos a la Ciudad de Dios[86]. Ella es la Tesorera de todas las gracias. Todos los bienes divinos pasan por Ella a la humanidad. "Dios depositó en Ella la plenitud de todo bien"[87]. Toda gracia tiene su origen en Jesucristo, pero Él sólo las dispensa por María; y del mismo modo que no se puede ir al Padre si no es por el Hijo, así tampoco podemos unirnos a Cristo sin su Madre[88]: pues Ella dispone de todos los tesoros de la Redención. María Santísima es la Soberana del mundo, que expió por todas nuestras faltas y reconcilió a los hombres con Dios; es la Mediadora universal.

---

85 León XIII, "*Adjutricem populi*", 5 de septiembre de 1895.

86 "Intercesora junto a Dios, Administradora de las gracias celestiales, colocada en los cielos con altísimo poder y fastos de gloria, para que conduzca por su protección a los hombres, que combaten en medio de tan grandes trabajos y peligros, a aquella Ciudad Sempiterna" (León XIII, "*Supremi apostolatus*", 1° de septiembre de 1883).

87 "*In qua totius boni posuit plenitudinem*", ("Supremi apostolatus", 1° de septiembre de 1883).

88 León XIII, "*Octobri mense*", 22 de septiembre de 1891.

Culto Mariano

María es Madre de Dios. De aquí nace el culto de hiperdulía, es decir, de veneración especial, que la Iglesia sólo dirige a la Madre de Jesucristo, y que supera todas las formas de su devoción hacia los otros santos.

La Iglesia expresa en su culto los sentimientos más profundos de su vida. La oración es la expresión de un alma. Al ver rezar a la Iglesia se adivina su corazón.

Ahora bien, la Madre de Cristo llena la oración litúrgica de la Iglesia. Después del de la Santísima Trinidad y el de la Persona de Nuestro Señor, el misterio de María es el que más cautiva la contemplación de la Iglesia. Porque no puede separar los misterios de la Madre y del Hijo: Navidad, Epifanía, la dolorosa Pasión, Pascua, Pentecostés, exaltan como en una sola fiesta al Salvador y a su Madre. Las fiestas más personales de Nuestra Señora se suceden todo a lo largo del año litúrgico, desde su Inmaculada Concepción hasta su gloriosa Asunción.

¿Y no fue su piedad mariana la que erigió nuestras catedrales más hermosas, inspiró a poetas y artistas, y dio a luz a las más bellas obras maestras del arte cristiano?

Como prolongación de su vida litúrgica, centro del

culto mariano, la devoción a la Madre de Dios anima toda la existencia del cristiano. Las madres enseñan a sus hijos, desde pequeñitos, a rezar con confianza a la Madre de Jesús; la jovencita le confía su pureza, el adolescente su porvenir; y el hombre que entra en la madurez, cansado ya por las decepciones y duros combates de la vida, se aproxima suplicante a su rostro de mujer, siempre puro y maternal. Y cuando llega la noche, la última mirada del moribundo busca en Ella la sonrisa de misericordia que le abrirá las puertas del cielo.

Por más bajo que caiga, un hombre siempre se vuelve con confianza hacia su madre.

En la Iglesia de Jesucristo, hasta el ser más miserable sabe que puede contar siempre con la misericordiosa bondad de quien es perpetuamente el "Refugio de los pecadores".

¿Quién no conoce el grito desgarrador del pobre Verlaine, por el que pasa toda la debilidad de la humanidad?

"No quiero amar más que a mi madre María; todos los demás amores, son por deber".

"No quiero pensar más que en mi madre María, Sede de la Sabiduría y Fuente de perdón"[89].

89 *"Sabiduría", II.* En francés en el original:
"Je ne veux plus aimer que ma mère Marie.
Tous les autres amours sont de commandement."

"¡Ah! Amar, no amar a Dios más que por Ti, no tender a Él más que en Ti, sin la menor desviación, y morir bien cerca tuyo. Así sea"[90].

"Je ne veux plus penser qu'à ma mère Marie,
Siège de la Sagesse et source des pardons". [N. del T.]

90 *"Angelus del mediodía".* En el original:
"Ah! Vous aimer, n'aimer Dieu que par vous, ne tendre
A lui qu'en vous, sans plus aucun détour subtil,
Et mourir avec vous tout près. Ainsi soit-il". [N. del T.]

VIII. ¡HE AQUÍ A TU MADRE!

Puesto que María es nuestra Madre, tengamos hacia Ella un corazón de hijos.

Todo se sostiene en el cristianismo: el dogma funda la moral, y el misterio marial dicta a las almas su actitud práctica ante la Madre de Dios.

Su lugar único, en el punto de convergencia de todos los grandes misterios cristianos, le vale un culto especial de admiración, de reconocimiento, y de amor. María es Aquella a quien nadie invocó en vano; la que manda, a título de Madre, al Dios del universo; y que se inclina también, con la ternura de una Madre, sobre toda vida humana.

Aquel que es la Verdad y al mismo tiempo Hijo de María, que la creó por su poder divino, y la asoció a su obra redentora; que la conoce mejor que nadie, infinitamente, nos permitió escuchar, antes de morir, las palabras definitivas que explican en su esencia el misterio de María: "¡He aquí a tu Madre!"[91] La Virgen es "*Tota mater*": Madre suya y Madre nuestra. Aquí también hemos de ser uno con Nuestro Señor,

91 Jn., 19, 26

y amar a su Madre como Él, con el corazón de un hijo. En el Calvario Jesús le dijo, hablando de nosotros: "¡Madre, he aquí a tus hijos! ¡En cada uno de mis hermanos, Madre mía, reconoce a un hijo!"

El drama del Gólgota, que nos trajo la luz definitiva sobre tantas cosas, nos reveló, también, el sentido profundo de nuestras relaciones filiales con la Madre de Dios. Es nuestra Madre, nosotros somos sus hijos. "*Ecce Mater. Ecce filius*". Estas palabras del Crucificado iluminan el rostro de Nuestra Señora en su verdadero aspecto.

Maternidad espiritual

Tres funciones principales caracterizan toda maternidad: una madre concibe, da a luz y educa a sus hijos hasta la edad del hombre perfecto. Nuestra Señora nos concibió por su "*Fiat*" el día de la Encarnación; nos dio a luz en Cristo al pie de la Cruz; y, desde el cielo, sigue conduciéndonos a nuestra suprema perfección en Dios.

La vida que nos transmite la Madre de Dios no es, como la de los hombres, una vida fugitiva; nos transmite una vida divina, una vida de eternidad. Nos concibió al mismo tiempo que al Verbo Eterno, y por eso su maternidad espiritual guarda la impronta indeleble de su origen divino. Nuestra Madre nos rodea del mismo amor que a su Hijo, nos quiere

asociados a la misma vida de eternidad con el Padre. Toda su maternidad, divina y espiritual, está orientada hacia la Trinidad.

Un mismo movimiento de alma la inclinó a convertirse en Madre del Salvador y nuestra, en Madre del "Cristo Total". La indivisible unidad del Cuerpo Místico de Cristo exigía esta adhesión simultánea. Concebir en su seno a la Cabeza, sin los miembros, hubiera sido monstruoso. En definitiva, su maternidad espiritual tenía que alcanzar el mismo término que su Maternidad Divina: nuestra consumación con el Padre y con el Hijo en la unidad; Jesucristo por naturaleza, nosotros por gracia. La grandeza de su Maternidad Divina ilumina desde la cumbre todo el sentido de su maternidad espiritual. Un mismo lazo vital nos une a la Madre y al Hijo. Las dos maternidades y las dos filiaciones se iluminan mutuamente. Nuestra filiación divina por la gracia tiene su origen en la filiación eterna del Verbo, fuente y modelo de la nuestra.

La Virgen de la Encarnación, Madre de Dios y de los hombres, nos rodeaba en un mismo amor con su Hijo, trabajando para hacernos entrar con Él en la intimidad del Padre. Su seno virginal, como el del Padre Eterno, contenía al Hijo y a todo su Cuerpo Místico. Recibió, para comunicar al mundo, la vida misma del Verbo. Su maternidad espiritual, en

prolongación de su Maternidad Divina, la conducía toda entera hacia la Trinidad.

No podemos siquiera sospechar con qué amor materno nos llevaba a todos los hombres en su corazón, a partir de ese día, la joven Madre de Dios. Desde el "*Fiat*" de la Encarnación, hasta el "*Fiat*" del Calvario, puede decirse que estuvo en los dolores del parto; y que alcanzó su paroxismo al pie de la Cruz. En esa hora corredentora, nos arrancó de la muerte, obteniéndonos el nacer a la vida. Se comprende que Jesús haya elegido este momento solemne para promulgar a la faz del mundo la maternidad espiritual de María. La muerte de Jesús, ofrecido por nuestra Madre, marca el instante preciso de nuestro ingreso en la Vida.

El papel sublime de una madre consiste, sobre todo, en elevar el alma de sus hijos hacia Dios. Desde su Asunción gloriosa, María, como Madre vigilante, se inclina sobre la universalidad de sus hijos para transmitirles la vida misma de la Trinidad.

Como Nuestro Señor Jesucristo, Nuestra Señora nos acompaña desde nuestro bautismo a través de las etapas de nuestra vida espiritual. Su intervención mediadora provee a todas nuestras necesidades. Una madre vela sobre todo el ser humano: con solicitud materna, Nuestra Madre María nos procura los socorros materiales y espirituales que necesitamos para

nuestra alma y cuerpo. Ilumina nuestra inteligencia con las luces de la fe, sostiene nuestra voluntad por la comunicación de la gracia, rectifica nuestra sensibilidad, y nos rodea de protección en el medio social en el cual debe darse nuestra existencia de hombre para cumplir su destino eterno. Todos los ángeles de Dios están a su servicio para asegurar el bien de los elegidos. Nuestra Señora dispone de todos los acontecimientos de la historia y de todas las fuerzas del universo, para conducir a todos sus hijos hasta la Ciudad de Dios. Su misión de Madre es de "formar a Cristo" en las almas, y acabar nuestra configuración "a la imagen del Hijo"[92].

Vida Mariana

Puesto que María es nuestra Madre, acerquémonos a Ella con un corazón filial. Ninguna necesidad de fórmulas o de métodos complicados. Cuanto más simple es la vida espiritual, más divina.

Ciertas almas se atormentan mucho porque no sienten una devoción sensible hacia la Virgen María. Se desesperan, se imaginan no amarla. Que se tranquilicen: los caminos de Dios varían hasta el infinito. Cada uno debe seguir su propio camino con libertad y con fervor. Nuestra fórmula de intimidad mariana debe guardar el reflejo de nuestra personali-

92 Rom., 8, 29.

dad. En los santos, el culto de María reviste siempre los rasgos fundamentales de su espiritualidad.

Hay, sin embargo, dos leyes fundamentales en la economía de la salvación; y las almas cristianas, para elevarse a la unión divina, deben conformarse a ellas. Nuestra vida espiritual, centrada toda en Cristo, será tanto más perfecta cuanto más se desarrolle bajo la influencia de María. El simple murmullo de algunas oraciones diarias no basta. Hay que invocarla con todas las fuerzas de nuestro corazón, no solamente en las horas decisivas de la vida, o en los momentos de dificultad, sino en nuestras alegrías y esperanzas, así como en nuestros dolores. La oración confiada a María obtiene todo. Desde la cuna a la tumba, es nuestra Madre. Es Ella quien, el día de nuestro bautismo, nos entregó el título de hijos de Dios; y será Ella quien, al ocaso de la vida, nos abrirá las puertas del cielo.

El recurso a Nuestra Señora por la oración nos encaminará a una intimidad de todos los instantes. Felices las almas que saben vivir en María, para quienes María se volvió alma de su alma, según la expresión de San Ambrosio[93]. Este secreto de una vida entera-

93 *"Sit in singulis anima Mariae, ut magnificet Deum; sit in singulis spiritus Mariae, ut exsultet in Deo"*. ("Esté en cada uno el alma de María, para que engrandezca a Dios; esté en cada uno el espíritu de María, para que en Dios exulte". *Expositio in Luc.*, lib. II, nº26).

mente mariana es una gracia de elección. Para estas almas privilegiadas, la Madre de Dios se vuelve una atmósfera de vida. El alma pasa a respirar sólo en María. Y puede decir, retomando una célebre frase de San Pablo: "Para mí vivir es María, para vivir mejor en Cristo y la Trinidad"[94].

La Virgen no es un fin sino un medio, el medio más rápido para ir a Jesucristo y por Él a la Trinidad; y consumar así todo en la unidad con el Padre y el Hijo, al soplo de un mismo Espíritu. Lejos de ser un obstáculo, Nuestra Señora es el camino más directo que conduce a Nuestro Señor y por Él al Padre. Ella es "el atajo" a la Trinidad.

A cada uno toca, según su vocación, vivir en María. La "esclavitud de amor" es una fórmula maravillosa, pero que puede no convenir a todas las almas. El Rosario vivido es otra, que, en el murmullo del "Ave María", establece poco a poco al alma en una atmósfera divina, y la lleva rápidamente, por la contemplación de los misterios de Cristo, a la presencia de toda la Trinidad[95]. Otras familias religiosas prefieren una forma más litúrgica, o más despojada, de

94 Phil., 1, 21*"Mihi enim vivere Christus est.". "Per Ipsam et in Ipsa et cum Ipsa totum"*. ("Por Ella, y en Ella, y con Ella todo", San Pedro Damiano, *Sermo II, de Annuntiatione B. V. M.*, P.L., 144, 558).

95 Ver Nota teológica XI. EL ROSARIO, SÍNTESIS DE LA DEVOCIÓN MARIANA.

la vida mariana. "*Alius sic ibat, alius autem sic*"[96]. Cada forma de santidad cristiana no es más que una expresión particular y limitada de la infinita plenitud de la gracia capital de Cristo, y de la eminente perfección de la Madre de Dios, Reina y Modelo de todos los santos.

Nunca consideraremos con suficiente amplitud el misterio de María. Para descubrir sus verdaderas dimensiones, hay que elevarse hasta el Pensamiento divino, que nos revela su lugar universal en la vasta síntesis del mundo: al lado de Jesucristo.

Dios Padre, bajo el impulso de su Amor Eterno, por misericordia con los hombres culpables, resolvió comunicarnos su propia vida enviándonos a su Hijo. Este Hijo Encarnado necesitaba una Madre, y eligió a María. Los ángeles y santos están llamados a entrar en la intimidad de la Familia divina para ser consumados, con el Padre, el Hijo y el Espíritu de Amor, en la misma Unidad. Es toda la razón de ser de la creación del mundo y de todos los misterios de la salvación. Dios creó al universo de los espíritus y los cuerpos, y envió a su Hijo al mundo, para introducirnos, precisamente, en la contemplación eterna y en la intimidad de su Vida Trinitaria. Tal es también la razón suprema del misterio de María. Dios

96 "Uno iba de un modo, el otro de otro". San Agustín, *Confesiones*, Lib. 8, cap. 1, n°2.

Padre, que hizo de nosotros sus hijos, nos quiere conformes a la imagen de su Hijo Unigénito, y animados de un mismo Espíritu de Amor. En la familia adoptiva de Dios, faltaba una Madre; y por eso nos entregó, como Madre, a la Madre de su propio Hijo. Este es todo el papel de Nuestra Señora. Sin ella, seríamos unos huérfanos. La Divina Sabiduría lo sabía. He aquí por qué, en el orden de la Providencia, todos los hijos de Dios, así como Jesús, son hijos de María. "Nadie puede tener a Dios por Padre, si no tiene a María por Madre".

Nuestro Señor Jesucristo mismo, la mañana de su Resurrección, después de habernos reconciliado con Dios, quiso declararnos hasta qué punto nos consideraba como hermanos: "Voy hacia mi Padre, que es vuestro Padre, hacia mi Dios, que es vuestro Dios"[97]. El apóstol San Juan, que había recibido a la Madre de Jesús al pie de la Cruz, nos asegura que es imposible comprender aquí abajo hasta qué grado nos amó Dios Padre, "hasta querer que seamos sus hijos, no solo de nombre, sino en toda verdad"[98]. Un día, sin embargo, lo veremos sin sombras, cuando veamos a Dios "tal cual es"[99].

Entonces, en la noche última del mundo, delante

97 Jn. 20, 17.
98 I Jn. 3, 1.
99 I Jn. 3, 2.

de todos los hombres reunidos para el juicio, cuando las naciones incrédulas y culpables vean "con espanto a Aquel que traspasaron"[100], cuando el Crucificado del Gólgota aparezca en toda su majestad, se volverá hacia los elegidos; y escucharemos a la misma voz del Calvario decirnos, no ya con el tono trágico de un ajusticiado, sino con el acento triunfante del Salvador del mundo: "Vosotros, benditos de mi Padre, ved: he aquí a vuestra Madre".Y en gesto supremo, en gesto de Hijo, nos descubrirá en plena luz a una Mujer radiante, deslumbrante de gloria, con la frente rodeada de estrellas,[101] y en quien reconoceremos, con Él, el Verdadero Rostro de Nuestra Madre.

100 Apocalipsis, 3, 7.
101 Apocalipsis 12, 1.

A MI MADRE: MARÍA

Quisiera vivir y morir con el Rosario en mano.

¡Oh Madre del Verbo! Desde toda la eternidad la divina Trinidad ha descansado sobre Ti su mirada llena de amor.

Más adelante, te anunciaron los siglos más lejanos, Mujer misteriosa, vencedora del demonio, dominadora del mal, triunfadora de todos los enemigos de Dios.

A los ojos maravillados del más grande de los profetas apareciste radiante de pureza en tu alumbramiento virginal, ¡oh Madre del Emmanuel!

Desde tu presencia en nuestra tierra de pecado, resplandeciste cual Lirio inmaculado, sin la mancha original; con belleza maravillosa, plena de gracia divina, Obra Maestra de Dios. Y esto no era para ti más que el punto de partida hacia la vertiginosa Maternidad Divina, que debía elevarte hasta las cimas increadas de la Vida Trinitaria, hasta compartir con Dios la posesión de un mismo Hijo. Entonces, todo tu misterio floreció en plena Trinidad: Hija del

Padre, Madre del Hijo, Esposa del Espíritu Santo, asociada a todas las obras divinas, "complemento de la Trinidad".

En esta luz, toda divina, descubro en Ti el rostro de mi Madre, de la más divina y más humana de todas las madres, toda consagrada a su Hijo Único, toda dedicada a la felicidad de sus míseros hijos. En Ti, todo es esplendor, luz resplandeciente, llama de puro amor y de compasión dolorosa por la suerte de tus desgraciados hijos. Pero cuanto más feas son nuestras manchas, más hacen brillar tu título de Madre de misericordia. Lejos de alejarme de tu pureza, de tu santidad, de la plenitud de tu gracia, de la grandeza sublime de tu Maternidad Divina, mis pecados, mis innumerables pecados, aumentan en mí la audacia para acercarme a Vos. ¿No es por causa de mis pecados que eres Madre de Dios?

Ahora, reinas en los esplendores de la gloria. Nada escapa a tu mirada; tu corazón de Madre vela sobre la Iglesia, sobre cada uno de tus hijos. Tu poder es ilimitado, puesto que dispones, a tu agrado, de la Omnipotencia divina. Guárdanos de todo mal. Protege a la Iglesia de Jesucristo, fiel a su vocación divina entre las naciones. Sostenedla en sus combates cotidianos: que luche con valentía por el triunfo de Nuestro Señor. Que en ella, por el heroísmo de la santidad, se prepare la eterna Ciudad de Dios.

Inclínate también sobre mi pobre vida de pecador; y, por la Sangre de tu Hijo, hazme misericordia, obtén para mí el perdón. No quiero siquiera mirar mi miseria, ni mi fragilidad; puesto que Tú eres la Madre de Dios y mi propia Madre, y porque soy rico con todas las riquezas de tu Hijo. Por la mayor gloria del Dios de quién eres Madre, haz que me vuelva santo con su propia santidad, resplandeciente con su misma claridad, conforme a la imagen de tu Hijo Primogénito. Transporta mi alma, para siempre, a la Inmutable Trinidad. Que mi vida, en adelante, fija en el puro amor, se consuma toda en alabarte, para mayor gloria de tu Hijo. Quiero dedicar toda mi vida a amarte y a cantarte... Después, cuando mis labios hayan cesado de murmurar tu nombre, condúceme a la Luz.

Allí mi alabanza, unida a la del Verbo, y a la tuya, cantará la eterna gloria de la misericordiosísima y adorable Trinidad.

NOTAS TEOLÓGICAS

I. LA MATERNIDAD DIVINA, CLAVE DE LA TEOLOGÍA MARIANA.

Un texto precioso del Papa Pío XII pone a la luz perfectamente el papel metodológico que tiene la Maternidad Divina en la estructura de la ciencia marial. Principios y axiomas directivos, la secuencia de las conclusiones, todo se le sigue como de su principio supremo:

"De este dogma de la Maternidad Divina fluye como de canal y misteriosa fuente la gracia singular de María y su dignidad sin igual después de Dios. Más aún: la Santísima Virgen —como muy bien escribe Santo Tomás de Aquino (S.T. I, 25, 6)— por ser Madre de Dios, tiene una dignidad en cierto modo infinita, procedente del bien infinito que es Dios. Lo cual expone y declara con más extensión Cornelio Alápide por estas palabras: la Santísima Virgen es Madre de Dios, y por eso, es mucho más excelente que todos los ángeles, aún más excelente

que los serafines y querubines. Es Madre de Dios; y por eso es Purísima y Santísima, de tal modo que fuera de Dios no se puede concebir mayor pureza. Es Madre de Dios, y como tal tiene en el orden de la gracia santificante cualquier privilegio concedido a otro santo, en grado superior (In Mt., I, 6)". (Encíclica "*Lux Veritatis*", A.A.S., T. 23, 1931, p. 513)

Este texto de Pío XII nos enseña el verdadero método a seguir en todo ensayo de sistematización marial: referir todo a la Maternidad Divina.

1°: el Papa precisa la fuente suprema de todas las grandezas de María: el dogma de la Maternidad Divina: "*ex divinae maternitatis dogmate*".

2°: Muestra cómo se refieren a esta Maternidad Divina:

a) su lugar en la cumbre de la Creación, inmediatamente después de Dios: "*summa post Deum dignitas*";

b) su incomparable excelencia sobre los ángeles, los querubines y serafines;

c) su singular plenitud de gracia: "*singularis profluit gratia*";

d) su pureza y santidad en grado supremo: "*purissima, sanctissima*";

e) en fin, cómo se desprenden de ella por sí mismos los demás axiomas mariales: "*ergo quidquid ulli sanctorum concessum est privilegii... etc.*".

La ciencia teológica no podía dejar de destacar con vigor esta relación de todo el conjunto de la mariología con la Maternidad Divina. Es conocido el profundo texto de Suárez: "se compara, por lo tanto, esta dignidad de Madre de Dios con las demás gracias creadas, como la forma primera con respecto a sus propiedades; y, al revés, las otras gracias se comparan con la Maternidad Divina como las disposiciones a la forma. Pues esta dignidad de Madre es la más excelente, así como la forma es más perfecta que sus propiedades y disposiciones". (*In III partem D. Thomae*, q. 27, Disp. 1, sect. 2. Vivès, T. 19, p. 9).

En su excelente mariología, el P. Merkelbach supo animar sus diversas conclusiones por esta intuición central: "que María sea absolutamente Inmaculada, llena de gracia y gloria, siempre Virgen, Asociada de Cristo, Nueva Eva, Madre espiritual nuestra, Mediadora entre Dios y los hombres, tiene razón y fundamento en que fue destinada o hecha Madre de Dios. Por lo cual, al decir Madre de Dios Redentor, se indica suficientemente toda la doctrina mariana y todos los privilegios de María, con esta precisa razón que se estudia en la ciencia sagrada. Por consiguiente, la "mariología" es la "ciencia de la Madre de Dios" y, en el orden actual, de un Dios Redentor.

Por eso la Maternidad Divina es la cumbre de la dignidad, de la excelencia y de la elevación sobre-

natural; razón, fuente, y medida de la santidad y las gracias, en el presente y en el futuro; base de todas sus relaciones con nosotros; la fuente y el poder de su amor hacia nosotros. Y en cuanto a nosotros, es fundamento de perpetua gratitud, devoción y amor hacia Nuestra Madre. Así la Maternidad Divina determina su esencia, y es fuente y medida de su santidad, propiedades, privilegios y poderes, y centro de todas sus prerrogativas".

En la mariología, la Maternidad Divina es el principio y la medida de todo.

Se encuentran numerosos textos sobre el primado de la Maternidad Divina en el "Florilegio marial" que Keuppens unió por feliz iniciativa a su "*Mariologiae compendium*". ¡Qué excelentes servicios rendiría un "*Enchiridion marial*", que reuniera los textos más bellos de los Padres de la Iglesia y la tradición teológica!

II. POR UN ORDEN CIENTÍFICO MARIAL.

Junto con los numerosos trabajos de búsquedas positivas que nos valieron, los últimos años, excelentes estudios sobre la mariología de San Ireneo, San Jerónimo, San Agustín, San Juan Damasceno,

San Alberto Magno, San Alfonso de Ligorio, etc., se manifiesta un esfuerzo de sistematización marial.

Inspirándose en la intuición metodológica de Santo Tomás de Aquino en la Cristología, nos parece posible dar a la ciencia mariana un gran poder de cohesión, desempeñando aquí la Maternidad Divina el mismo papel polarizador que la unión hipostática en el Misterio de Cristo. Todo debe organizarse necesariamente, en la Mariología, en el orden del obrar y del ser, en torno a la definición del Misterio de María: Madre de un Dios Salvador.

Después de numerosas experiencias de enseñanza de la Mariología, he aquí, a grandes rasgos, el plan al que nos pareció preferible atenernos.

Distinguiremos en el estudio del Misterio de María, dos grandes partes, según la división fundamental del orden del ser y de la operación, como se hace para el Misterio de Nuestro Señor Jesucristo:

1- EL MISTERIO DE LA MATERNIDAD DIVINA.

Estudio científico por las causas.

1°. El motivo de la Maternidad Divina y la predestinación de María, en las perspectivas de la Encarnación redentora: María es Madre de un Dios Salvador por un motivo de misericordia: "*Mater misericor-*

diae". Es la visión más alta de sabiduría sobre el Misterio de María.

2°. La esencia de la Maternidad Divina y su relación con el orden hipostático. Es el punto formal y más central de la Mariología.

3°. Las consecuencias de la Maternidad Divina:

a) en relación a Dios: relaciones especiales con la Santísima Trinidad;

b) en relación a Cristo: Asociada de Cristo, Nueva Eva, Corredentora del mundo (principio de asociación);

c) en relación a nosotros: la maternidad espiritual;

d) en sí misma:

a) perfecciones: 1. Plenitud de gracia; 2. Plenitud de ciencia; 3. Plenitud de poder; 4. Otros privilegios;

b) enfermedades humanas de la Madre de Jesucristo (nesciencia, pasibilidad, muerte).

4°. A título de conclusión: Mediadora universal. (Síntesis de todo, así como el título de "Mediador" sintetiza todo el Misterio de Nuestro Señor Jesucristo).

2- LOS GRANDES ACTOS DE LA MEDIACIÓN MARIAL

Se trataría de seguir aquí los principales misterios

de la Madre de Jesucristo en la economía de la salvación, en las grandes etapas providenciales y su desarrollo teológico, pero sin un enfoque específicamente teológico.

Después de señalar las profecías del Antiguo Testamento, bastaría con seguir, a la luz del Evangelio, los grandes actos de la Madre de Dios al servicio de los hombres: el "Fiat" de la Encarnación, su Compasión Corredentora al pie de la Cruz, su actividad mediadora en el cielo; distinguiendo bien las dos fases de adquisición y distribución de todas las gracias salvíficas.

Como conclusión general: el culto mariano. El culto de hiperdulía y las diversas formas de devoción mariana en la Iglesia.

III. AXIOMAS MARIALES

Es conocido el uso constante –a veces abusivo– de ciertos axiomas en la Mariología moderna. Su empleo es tradicional. He aquí su tenor esencial:

–*Axioma de conveniencia*: deben atribuirse a María todas las perfecciones, todos los privilegios exigidos por su doble título de Madre de Dios y de los hombres. Es el axioma más fundamental. Su razón de ser se justifica por el principio de finalidad: como

a toda creatura, Dios debe a María todas las gracias de estado necesarias a su papel universal en la economía de la salvación. "Aquellos a los que Dios elige para algo, los prepara y dispone de tal modo que resulten idóneos". (S. Tomás, III, 27, 4)

Luego, la Madre de Jesucristo recibió sobreabundantemente todas las gracias, todas las perfecciones naturales y sobrenaturales, todos los socorros extraordinarios precisos para su Maternidad Divina y su oficio de Corredentora del mundo.

–*Axioma de conformidad con Nuestro Señor Jesucristo:* atribuir proporcionalmente a la Corredentora las gracias y privilegios del Redentor, a excepción de aquellos que surgen exclusivamente de su unión hipostática. Este axioma tiene su fundamento inmediato en el *principio de asociación.* San Lorenzo de Brindisi nos dio una fórmula excelente: "María es semejante en todo aspecto a Cristo, como la luna al sol, y como Eva a Adán: semejante en la predestinación, vocación, justificación y glorificación. Jesucristo está sentado a la derecha de Dios sobre todos los ángeles, como Rey y Emperador supremo; y la Virgen María está sentada a la derecha de Dios como Reina de los cielos y Emperatriz de los ángeles". (*Super "Fundamenta ejus", sermo 2*)

–*Axioma de eminencia y trascendencia*: la Madre de Dios recibió en grado eminente todas las gracias

y carismas concedidos a los otros santos. Es el axioma utilizado más a menudo, pero cuya aplicación requiere más discreción.

Se lo encuentra formulado frecuentemente en los Padres y Doctores de la Iglesia: "Por eso no hay que pensar de ninguna manera que se le haya negado a una Virgen tan excelsa lo que consta que fue concedido a pocos mortales, pues por Ella toda mortalidad emergió a la vida". (S. Bernardo, *Ep. 174*, P.L. 182, 334) "Con razón se cree que Aquella que engendró al Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad, recibió mayores privilegios de gracia que todos los demás". (S. Tom., III, 27, 1) El magisterio de la Iglesia hizo suyo este método: "Es Madre de Dios: por eso obtuvo antes que nadie los privilegios que a ningún santo fueron concedidos, en razón de su Maternidad". (Pío XI, Enc. "*Lux Veritatis*" (1931), A.A.S., 1931, p.513)

IV. LA NUEVA EVA

La fórmula más antigua bajo la que aparece la Corredención de Nuestra Señora, es el paralelismo: Eva-María; esta es la clave de todos los problemas de la Mediación universal. Es el famoso principio de asociación tan caro a la Mariología moderna. Se le

ha dado, incluso, un relieve tal en los estudios marianos, que el principio supremo de la Maternidad Divina no ocupa en la práctica el lugar dominante que debería tener. No hay necesidad de insistir, aquí, en los testimonios clásicos de San Justino, de Tertuliano, y, sobre todo, de San Ireneo. Después del dogma de la Maternidad Divina, no hay tema más fundamental.

V. EL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

La importancia histórica y doctrinal del dogma de la Inmaculada Concepción es incalculable. Marca el término de una larga evolución del pensamiento cristiano, e inaugura una era doctrinal liberadora. Documentos pontificales como los de Pío IX, León XIII y Pío X, dieron una magnifica amplitud al culto mariano y a la reflexión teológica. Es conocida la célebre definición dogmática:

"Declaramos, afirmamos y definimos que ha sido revelada por Dios, y, por consiguiente, que debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Santísima Virgen Ma-

ría fue preservada inmune de toda mancha de culpa original, en el primer instante de su Concepción, por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en atención a los méritos de Jesucristo, Salvador del género humano". (Pío IX, "*Bula Ineffabilis Deus*", 8 de diciembre de 1854)

Esta fórmula de base determina con precisión: el objeto, el sujeto, el modo, la certeza, el carácter excepcional de este privilegio y también, unida a estas consideraciones, la razón suprema justificadora: la Maternidad Divina, clave de todos los privilegios de María.

A veces se asimila al privilegio de la Inmaculada Concepción con un retorno puro y simple al estado de inocencia y justicia originales. Esto es verdad, en cierto modo, para el alma de María. El privilegio de ser Inmaculada elimina en Ella, por vía de consecuencia, todo "foco de pecado", y todo el estado desequilibrado de nuestra naturaleza herida por la falta de Adán. Y luego:

—en la inteligencia: ni error ni ignorancia, sino solo simple nesciencia.

—en la voluntad: ni malicia, ni inclinación al mal.

—en la sensibilidad: ni concupiscencias, ni tendencias malas, sino "impecancia", e incluso impecabilidad.

Por otro lado, este privilegio excepcional no le da

los dones preternaturales de impasibilidad e inmortalidad. La Inmaculada estaba sometida al dolor y a la muerte, no a título penal por sus pecados personales sino a causa de su naturaleza humana.

VI. LA INCOMPARABLE PLENITUD DE GRACIA EN MARÍA.

Dos textos de la Bula "*Ineffabilis*" ponen admirablemente a la luz el pensamiento de la Iglesia sobre la incomparable plenitud de gracia y la eminente santidad de la Madre de Dios.

"Dios inefable, cuya conducta es misericordia y verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de un extremo a otro con fortaleza, y dispone suavemente todas las cosas, (Sab. 8,1) habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano, que había de provenir de la transgresión de Adán, y habiendo decretado, con plan misterioso, escondido desde la eternidad, llevar a cabo la primitiva obra de su misericordia, con plan todavía más secreto, por medio de la Encarnación del Verbo; para que no pereciese el hombre impulsado a la culpa por la astucia de la

diabólica maldad; y para que lo que iba a caer en el primer Adán fuese restaurado más felizmente en el segundo, eligió y señaló, desde el principio y antes de los tiempos, una Madre, para que su Unigénito Hijo, hecho Carne de Ella, naciese en la dichosa plenitud de los tiempos. Y en tanto grado la amó por encima de todas las criaturas, que en sola Ella se complació con señaladísima benevolencia. Por lo cual tan maravillosamente la colmó de la abundancia de todos los celestiales carismas, sacados del tesoro de la divinidad, muy por encima de todos los ángeles y santos, que Ella, absolutamente libre siempre de toda mancha de pecado, y toda hermosa y perfecta, manifestase tal plenitud de inocencia y santidad, que no se pudiera concebir en modo alguno una mayor después de Dios y cuya grandeza nadie puede imaginar, fuera de Dios".

Y el Papa prosigue:

"Mas, atentamente considerando los mismos Padres y escritores de la Iglesia que la Santísima Virgen había sido llamada "Llena de gracia", por mandato y en nombre del mismo Dios, por el ángel Gabriel, cuando éste le anunció la altísima dignidad de Madre de Dios, enseñaron que, con ese singular y solemne saludo, jamás oído, se manifestaba que la Madre de Dios era sede de todas las gracias divinas y que estaba adornada de todos los carismas del divino

Espíritu; más aún, que era como tesoro casi infinito de los mismos, y abismo inagotable, de suerte que, jamás sujeta a la maldición y partícipe, juntamente con su Hijo, de la perpetua bendición, mereció oír de Isabel, inspirada por el divino Espíritu: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre".

De ahí se deriva su sentir no menos claro que unánime, según el cual la Gloriosísima Virgen, en quien hizo cosas grandes el Poderoso, brilló con tal abundancia de todos los dones celestiales, con tal plenitud de gracia y con tal inocencia, que resultó como un inefable milagro de Dios, más aún, como la Obra Maestra de todos sus milagros. Digna Madre de Dios, y allegándose a Dios mismo lo más cerca posible que le permitía su condición de criatura, fue superior a toda alabanza humana y angélica".

VII. IMPORTANCIA PRIMORDIAL DEL *"FIAT"* DE LA ENCARNACIÓN

Cuanto más reflexionamos sobre el misterio de María, más nos damos cuenta de que todo depende de su "*Fiat*" a la Encarnación redentora. Y se comprende la importancia extrema que lo une con la tra-

dición cristiana desde sus orígenes. Son conocidos los textos clásicos de San Justino, San Ireneo y Tertuliano que fundan sobre el "*Fiat*" todo el papel de María en la economía de la salvación. Un texto de San Bernardo, en una de sus homilías sobre el "*Missus est*", es, con razón, célebre: "Espera el ángel la respuesta: pues es ya tiempo de regresar al Dios que lo envió. Y esperamos también nosotros, oprimidos miserablemente por la sentencia de condenación, tu palabra de misericordia. He aquí que se te ofrece el precio de nuestra salvación: si consientes, seremos liberados inmediatamente. En la Palabra eterna de Dios fuimos todos hechos, y morimos; en tu breve respuesta hemos de ser rehechos, para que volvamos a ser llamados a la vida. Esto te suplica, ¡oh Virgen pía!, lloroso, Adán... esto Abraham, esto David. Esto te imploran todos los santos padres, y tus propios padres, que habitan, también, en las regiones de la sombra de la muerte. Esto espera todo el mundo, postrado de rodillas.

Y no es sin motivo, puesto que de tus labios pende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la liberación de los condenados y la salvación, en fin, de todos los hijos de Adán, de toda tu raza. Da, ¡oh Virgen!, de prisa tu respuesta. ¡Oh Señora, responde esa palabra, que esperan la tierra, los infiernos y los cielos!" (S. Bernardo, "*Super missus*

est IV", P. L., 183, c.83)

El Papa Pío X, retomando la doctrina de San Luis María Grignon de Montfort, y un texto hermosísimo de San Agustín, quiso recordar a la Iglesia que en el momento del "*Fiat*" María se volvió no sólo Madre de Dios, sino también Nuestra Madre:

"¿No es María la Madre de Cristo? Entonces Ella es también Nuestra Madre. Y debemos en verdad sostener que Jesucristo, el Verbo hecho Carne, es también el Salvador de la Humanidad. Tenía un Cuerpo físico como el de cualquier otro hombre: y también como Salvador de la familia humana, tenía un Cuerpo espiritual y místico, es decir, la sociedad de los que creen en Cristo. "Somos muchos, pero un solo cuerpo en Cristo" (Rom. 12, 5). Ahora bien, la Santísima Virgen no concibió al Hijo eterno de Dios sólo para que se hiciera Hombre tomando de ella la naturaleza humana, sino también para que, por medio de la naturaleza asumida de ella, pudiera ser Redentor de los hombres. Por lo cual dijo el ángel a los pastores: "Hoy os ha nacido un Salvador que es Cristo el Señor" (Lucas 2, 11). Por lo cual, en el mismo seno santo de su castísima Madre, Jesucristo tomó para sí mismo la carne, y unió a sí el cuerpo espiritual formado por los que habían de creer en él. Por lo tanto, se puede decir que María, llevando al Salvador dentro de sí, también llevó a todos aquellos

cuya vida estaba contenida en la vida del Salvador. Por tanto, todos los que estamos unidos a Cristo, y como dice el Apóstol somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos (Ef. 5, 30), hemos salido del seno de María como un Cuerpo unido a su Cabeza. Por eso, aunque de manera espiritual y mística, todos somos hijos de María, y ella es Madre de todos nosotros. Madre espiritualmente, sí, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros. (S. Agustín, *L. de S. Virginitate*, c. 6)

Si, pues, la Santísima Virgen es Madre a la vez de Dios y de los hombres, ¿quién puede dudar de que obrará con toda diligencia para procurar que Cristo, Cabeza del Cuerpo de la Iglesia (Colos. 1, 18), pueda transfundirnos a nosotros sus miembros, sus dones, y con ellos en primer lugar el de que lo conozcamos y vivamos por Él (1 Juan 4, 9)?" (San Pío X, "*Ad diem illud*", 2 de febrero de 1904)

María se comprometió con su destino de Madre de Dios y de los hombres precisamente en su "*Fiat*".

VIII. MATERNIDAD DIVINA Y ORDEN HIPOSTÁTICO

El dogma de la Maternidad Divina plantea un difí-

cil problema al pensamiento humano. Sin pretender eliminar el misterio, nuestra razón comienza a escrutar su posibilidad y el modo de su realización. La mejor analogía para comprender este misterio nos la da la generación del hombre. Los padres suministran la substancia del cuerpo, Dios sólo crea al alma y la une a ese cuerpo. De esta unión surge una persona humana.

De la misma manera, para que sea en sentido propio y con toda verdad Madre de Dios, no hace falta que Nuestra Señora sea generadora de la Divinidad del Verbo, y ni siquiera de su Alma. Alcanza con que sea verdaderamente, como toda otra madre, causa eficiente del Cuerpo de Nuestro Señor, y que lo disponga así a su unión con el Alma de Cristo y la Persona del Verbo.

En el mismo instante en que normalmente acabaría la concepción del Verbo Encarnado, vino la Persona Eterna del Hijo de Dios, para terminar, milagrosamente, y por suplencia, el movimiento de esta generación. En este invisible instante se realizó:

—la creación del Alma humana de Jesucristo;

—su unión con el Cuerpo suministrado por la Virgen María (unión substancial de la naturaleza humana);

—la unión del Alma y del Cuerpo con la persona del Verbo;

—la comunicación a la Naturaleza humana de Jesucristo, de la Existencia Increada del Verbo.

Así terminó, de manera intrínseca, y simultáneamente, la acción generadora de María, la unión del Alma y del Cuerpo, y la unión hipostática de las dos Naturalezas: divina y humana, que subsisten en la Existencia Increada del Verbo; alcanzando así las fronteras mismas de la Divinidad, "*attigit ad fines Deitatis*". (Cayetano, in 2, 2, q. 103, 4) – (Cf. El estudio magistral del R. P. M.-J. Nicolas, O.P., "*El concepto integral de la Maternidad Divina*", en "*Rev. Th*"., T. XLII, 1937, p. 254 ss.)

IX. PARTICIPACIÓN DE MARÍA EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN

Es el punto crucial de la Mariología moderna. No podemos aquí comprometernos en el análisis y discusión de las distintas posiciones doctrinales. Sobre esta cuestión discutida, remitimos al lector a la obra del R. P. Clément Dillenschneider, "*María al servicio de la Redención*", 1947, que nos parece la más completa y segura.

He aquí simplemente algunos textos pontificios

sobre los que apoyamos nuestro pensamiento personal. Sin duda, el Magisterio de la Iglesia todavía no ha adoptado ninguna postura explícita sobre el problema del papel corredentor de María en la adquisición de todas las gracias de salvación; pero la explicitación teológica va siempre en progreso. De nuestra parte, nos parece que el pensamiento de la Iglesia se desarrolla en este sentido, siempre y cuando remarque bien la dependencia total de la acción corredentora de la Virgen María con respecto a la Mediación única y universal Redención de Jesucristo.

1° Comunidad de sufrimientos:

"Además, no sólo era prerrogativa de la Santísima Madre haber dado la materia de su carne al Hijo Unigénito de Dios, que había de nacer con miembros humanos (San Beda el Venerable, *L. Iv. en Luc. 10, l.*), de cuyo material debe prepararse la Hostia para la salvación de los hombres; pero suyo era también el oficio de cuidar y alimentar a aquella Víctima, y en el tiempo señalado presentarla para el sacrificio. De ahí esa comunidad ininterrumpida de vida y de trabajo del Hijo y de la Madre, para que de ambos se pronuncien las palabras del salmista: "Mi vida se consume en el dolor y mis años en gemidos" (Sal. 30., 11). Cuando llegó la hora suprema del Hijo, jun-

to a la Cruz de Jesús estaba María Su Madre, no sólo ocupada en contemplar el cruel espectáculo, sino regocijándose de que su Hijo Unigénito fuera ofrecido por la salvación de la humanidad; y tan enteramente participaba de Su Pasión, que si hubiera sido posible habría soportado con gusto todos los tormentos que soportó su Hijo (S. Buenav. *1. Sent* d. 48, *ad Litt.* dub. 4)". (San Pío X, "*Ad diem illud*", 2 de febrero de 1904)

2° Comunidad de expiación:

"Al ofrecerse a Dios como sierva para ser su Madre, y al consagrarse enteramente a Él en el Templo con su Hijo, *ya se asoció, en ambos actos, a ese Hijo en la laboriosa expiación del género humano*; y por esto, no es dudoso que se haya condolido íntimamente con Él en sus crudelísimas angustias y tormentos".

"Por lo demás, en presencia y a la vista de María había de consumarse el Divino Sacrificio, para el cual había alimentado a la Víctima con su mismo cuerpo; lo cual se nombra en el último y más enternecedor de los misterios, diciendo: «junto a la Cruz de Jesús, estaba María su Madre». (Jn. 19, 25) La cual, movida de inmenso amor hacia nosotros para acogernos como hijos, *se ofreció voluntariamente a la justicia divina, muriendo en su corazón con Él,*

traspasada por una espada de dolor". (León XIII, "*Iucunda semper*", 8 de septiembre de 1894)

3° Comunidad de méritos:

"Puesto que María todo lo lleva en santidad y unión con Jesucristo, y ha sido asociada por Jesucristo a la obra de la Redención, nos merece *de congruo*, en el lenguaje de los teólogos, lo que Jesucristo nos merece *de condigno*". (San Pío X, "*Ad diem illud*", 2 de febrero de 1904)

4° Comunidad de sacrificio:

"Porque no afrontará la muerte eterna, aquel a quien auxilie, especialmente en el último juicio, la Santísima Virgen. Esta opinión de los Doctores de la Iglesia, coherente con el sentido del pueblo cristiano y perpetuamente motivada por los nuevos horizontes, se apoya ante todo en el hecho de que la Virgen Dolorosa participó en la obra redentora de Jesucristo; y, en que, constituida Madre de los hombres, que le fueron encomendados como testamento de la caridad divina, abraza a sus hijos y los defiende muy amorosamente". (Pío XI, "*Explorata res*", 2 de febrero de 1923)

5° El título de Corredentora:

"De tal modo, juntamente con su Hijo sufriente y

moribundo, padeció y casi murió; de tal modo, por la salvación de los hombres, abdicó de los derechos maternos sobre su Hijo, y lo inmoló, en cuanto de Ella dependía, para aplacar la justicia de Dios, que puede con razón decirse que ella redimió al género humano juntamente con Cristo". (Benedicto XV, "*Inter sodalicia*", 22 de marzo de 1918)

"¡Oh Madre de piedad y misericordia, que estuviste de pie, Compasiva y Corredentora junto a tu dulcísimo Hijo, al consumar Éste en el altar de la Cruz la Redención del género humano...conserva, te rogamos, y aumenta en nosotros de día en día los frutos preciosos de la Redención y de tu Compasión!" (Pío XI, "*Osservatore Romano*", 29-30 de abril de 1935. Radiodifusión que dirigió Pío XI al término del año jubilar de la Redención a los numerosos obispos, prelados y fieles del mundo entero, reunidos alrededor de la gruta de Massabielle.)

6° Lazo causal entre las dos fases de adquisición y de distribución de todas las gracias:

"De ahí esa comunidad ininterrumpida de vida y de trabajo del Hijo y de la Madre, para que de ambos se pronuncien las palabras del salmista: "Mi vida se consume en el dolor y mis años en gemidos" (Sal.

30, 11). (...) Y por esta comunidad de voluntad y de sufrimiento, mereció llegar a ser dignísima Reparadora del mundo perdido, (Eadmeri Mon. *De Excellentia Virg. Mariae*, c. 9) y Dispensadora de todos los dones que Nuestro Salvador compró para nosotros por su muerte y por su Sangre".

X. PREDESTINACIÓN DE MARÍA

La predestinación de un ser nos manifiesta el secreto de su naturaleza, y su lugar en el plan divino. La predestinación de María nos introduce en la visión más alta de sabiduría que podemos alcanzar sobre su misterio de Madre de Dios; es la razón suprema de todos sus privilegios en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, y el motivo de su pertenencia intrínseca al orden hipostático. Así como debe resolverse la cuestión del motivo de la Encarnación en la luz superior de la predestinación de Cristo, también el conocer la predestinación de la Virgen María nos permite captar mejor el sentido de su Maternidad Divina. Ahora bien, como dice la bula "*Ineffabilis*", un solo y mismo decreto de predestinación unió a la Madre y al Hijo. ("*Uno eodemque decreto*").

Sin duda, también los ángeles y hombres fueron predestinados en este mismo decreto de Dios, que determinaba el plan actual del universo; pero su relación con la unión hipostática sólo se da de manera extrínseca y por unidad de orden. Por el contrario, Nuestra Señora se relaciona con el orden hipostático, no por unión substancial y por toda su Persona, como Jesucristo, sino por el término propio de su Maternidad Divina, que es intrínsecamente correlativa a la Persona misma de Cristo. Por añadidura, por su Maternidad Divina quedó orientada a la Corredención del mundo.

"En efecto, la Virgen, exenta de la mancha original, escogida para ser la Madre de Dios y asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género humano, goza cerca de su Hijo de un favor y poder tan grande, como nunca han podido ni podrán obtenerlo ni los hombres ni los ángeles". (León XIII, "*Supremi Apostolatus*", 1° de septiembre de 1883)

Pío XI retomó el mismo texto, precisando: "para eso fue elegida la Madre de Cristo: para ser compañera de la Redención del género humano". ("*Auspicatus profecto*", A.A.S., T. 25, 1933, p. 80)

XI. EL ROSARIO, SÍNTESIS DE LA DEVOCIÓN MARIANA

El Rosario ocupa un lugar primordial en la devoción católica: el gran Papa León XIII le consagró veintidós cartas y decretos que contienen una muy rica doctrina mariana, y calificó al Rosario como: "suma del culto mariano", "*summa debiti ei cultus*". (Encícl. "*Octobri mense*", 22 de septiembre de 1891)

El Rosario absorbe a todo el hombre: cuerpo y alma. Mientras los labios murmuran el "Ave María", el alma contempla a Dios. Todos los misterios del cristianismo pasan, así, bajo la mirada del alma en oración, y la elevan a la más alta vida contemplativa. Le recuerdan los beneficios de Dios por medio de la Encarnación Redentora, le descubren las radiantes perspectivas de la gloria; le proponen, en fin, los modelos más perfectos de vida. El alma del Rosario es la mirada contemplativa sobre Dios.

Esta devoción del Rosario, tan maravillosamente humana, y tan enteramente divina, en conformidad con una verdadera mística de la Encarnación, constituye, como dice León XIII, "la gran oración de la Iglesia a María Mediadora".

INDICE

INTRODUCCIÓN AL MISTERIO DE MARÍA.....9

La Maternidad Divina es el principio supremo de todas las grandezas de Nuestra Señora.....9

I. EL DESTINO DE UNA MUJER.....19

La nueva Eva.....19

Perspectivas bíblicas.....20
La nueva Eva.....22
"Tota mater".....24

II. INMACULADA.....27

"Tota pulchra es".....27

"Ella te aplastará la cabeza".....27
La "almah" de Isaías.....28
La Mujer sin pecado.....29
"Llena de gracia".....32
La Virgen fiel.....35

III. UNA MUJER DE NUESTRA TIERRA.....39

La vida más divina bajo las apariencias más ordinarias.....39

Hija de Israel.....39
La Madre del Mesías.....42
La Madre de Jesús.....45
La Virgen Madre y el Niño Dios.....48
La esposa del carpintero.....54
Las bodas de Caná.....56

IV. EL RESCATE DE UNA MATERNIDAD.....59

El Calvario de una madre.....59

El drama de nuestra redención.....60
La expiación de una Madre.....62
Los méritos de una Madre.....67
El rescate de una madre.....73
La Corredentora del mundo.....75

V. LA QUE VELA SOBRE LA IGLESIA.....81

La omnipotencia suplicante.....81

En la cuna de la Iglesia naciente.....83
La omnipotencia suplicante.....85
El "acueducto" de todas las gracias.....88
"Más Madre que Reina".....92

VI. OBRA MAESTRA DE DIOS.....95

Dios hubiera podido crear un universo
más grande; pero no hubiera
podido hacer nada más hermoso que su Madre.....95

Primacía de Cristo.....95
Nuestra Predestinación en María.....97
Irradiación de la Maternidad Divina.....99
Plenitud de gracia.....101
Plenitud de ciencia.....104
Plenitud de poder.....107
Plenitud de gloria.....108
Mediadora ante la Trinidad.....112

VII. LA MIRADA DE LA IGLESIA
SOBRE MARÍA.....115

María llena el pensamiento contemplativo
de la Iglesia.....115

Profecías, figuras y símbolos.....115
Pureza virginal.....118
Maternidad Divina.....120
Compasión dolorosa.....123
Gloria eterna.....126
Culto Mariano.....128

VIII. ¡HE AQUÍ A TU MADRE!.....131

Puesto que María es nuestra Madre,
tengamos hacia Ella un corazón de hijos.....131

Maternidad espiritual.....132
Vida Mariana.....135

A MI MADRE: MARÍA.....141

Quisiera vivir y morir con el Rosario en mano.....141

NOTAS TEOLÓGICAS.....145

I. LA MATERNIDAD DIVINA, CLAVE
DE LA TEOLOGÍA MARIANA.....145

II. POR UN ORDEN CIENTÍFICO MARIAL....148

1- EL MISTERIO DE LA
MATERNIDAD DIVINA.....149
2- LOS GRANDES ACTOS
DE LA MEDIACIÓN MARIAL.....150

III. AXIOMAS MARIALES.....151

IV. LA NUEVA EVA.....153

V. EL DOGMA DE LA INMACULADA
CONCEPCIÓN Y SUS CONSECUENCIAS.....154

VI. LA INCOMPARABLE PLENITUD
DE GRACIA EN MARÍA.....156

VII. IMPORTANCIA PRIMORDIAL
DEL "FIAT" DE LA ENCARNACIÓN.....158

VIII. MATERNIDAD DIVINA
Y ORDEN HIPOSTÁTICO.....161

IX. PARTICIPACIÓN DE MARÍA
EN EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN.....163

1° Comunidad de sufrimientos:.....164
2° Comunidad de expiación:.....165
3° Comunidad de méritos:.....166
4° Comunidad de sacrificio:.....166
5° El título de Corredentora:.....166
6° Lazo causal entre las dos fases
de adquisición y de distribución
de todas las gracias:.....167

X. PREDESTINACIÓN DE MARÍA.....168

XI. EL ROSARIO, SÍNTESIS
DE LA DEVOCIÓN MARIANA.....170

LAUS DEO
BEATÆ MARIÆ
ET BEATO DOMINICO

www.traditio-op.org